
CÓMO HAN DE SER LOS AMIGOS

Personas que hablan en ella:

- **El conde de Fox don GASTÓN**
- **Don MANRIQUE de Lara**
- **TAMAYO, lacayo**
- **EL DUQUE, viejo padre de doña Armesinda y doña Violante**
- **Don RAMÓN, el conde de Tolosa**
- **TIBALDO, caballero**
- **RENATO, caballero**
- **Doña ARMESINDA**
- **Doña VIOLANTE, su hermana.**
- **EL REY de Aragón**
- **Dos SOLDADOS**
- **El rey de NAVARRA**
- **Un CRIADO**
- **ROSELA, criada**
- **El rey de CASTILLA don Alonso, el octavo**

JORNADA PRIMERA

Salen don GASTÓN, conde de Fox, leyendo una carta, y don MANRIQUE de Lara, de camino

GASTÓN: "En fin, han levantado los ricos hombres y Grandes de Castilla por rey a don Alonso octavo, y han podido tanto con él las persuasiones de Fernán Ruiz de Castro y de don Lope Díaz de Haro, Señor de Vizcaya que, prendiendo a la reina, su madre, ha desterrado de sus reinos al conde don Pedro de Lara, el

mayor señor de ellos a quien por el
deudo y amistad que conmigo tiene he
favorecido y dado tierras en mi condado
de Urgel. Su hijo don Manrique, por sus
hazañas llamado el Torneador,
desnaturalizándose de toda España, se va
a favorecer de vuestra excelencia, por
la amistad que la casa de Fox ha tenido
siempre con la de Lara. La fama de sus
hazañas corresponde con su persona, a
cuya vista me remito, satisfecho que será
estimado como el valor de su sangre merece.
El cielo guarde el estado y vida de
vuestra excelencia, como deseo y ese
Condado de Fox ha menester. De Urgel,
y Julio 8 de 1126 años. Jaime, conde de
Urgel."

¡Válgame el cielo! ¿En mi casa
tengo al Conde don Manrique?
Su dicha el alma publique,
pues tan adelante pasa.

Desde hoy, famoso español,
conociendo la ganancia
que ha de tener con vos Francia,
envidia me tendrá el Sol;

pues yo sé de él que se honrara
la luz de su cuarta esfera,
si por su huésped tuviera
a don Manrique de Lara.

Mas, pues yo solo merezco
la honra que me habéis dado,
la vida, hacienda y estado
con los brazos os ofrezco.

MANRIQUE: Esos estimo de modo,
que el pecho que los recibe
se honrará en ver que en vos vive
el valor de Francia todo
con ellos; y si hasta aquí
contra la Fortuna airada

de mi desdicha pasada
quejas inútiles di,
ya, famoso don Gastón,
sus rigores agradezco,
pues que por ellos merezco
veros en esta ocasión.

Pues si cuanto había perdido
en vuestra amistad he hallado,
si no fuera desdichado,
desdichado hubiera sido,
perdiendo el no conoceros.

GASTÓN: Ya yo se que en cortesía
vencéis, coi-no en valentía
a los demás caballeros;
y que en fe de que eso es llano,
si os llama vuestro valor
don Manrique el Torneador,
don Manrique el Castellano
los demás también os nombran;
pues porque todos os sigan,
vuestras razones obligan,
y vuestros hechos asombran.
Cesen encarecimientos,
que jamás la voluntad
gastó en la firme amistad
palabras ni cumplimientos,
y dadme despacio cuenta
de vuestra trágica historia.

MANRIQUE: Aunque me dé su memoria,
pena, serviros intenta
el alma. Y porque las leyes
cumpla de esta obligación,
oíd; sabréis lo que son
las privanzas de los reyes.

Después que el célebre Alfonso
de Aragón y de Navarra
se hizo rey en Castilla
y emperador en España,
dio libelo de repudio

a la reina doña Urraca,
por ser parientes los dos,
si es que fue aquesta la causa.

Reinó en Castilla y León,
como reina propietaria,
algunos tiempos en paz,
mediante el consejo y canas
del conde don Pedro Anzures,
cuya prudencia y hazañas
darán en Valladolid
eterno nombre a su fama.

Mas muerto el conde, y sintiendo
las condiciones voltarias
de algunos grandes del reino
que una mujer sola y flaca
los gobernase, usurparon
por el rigor de las armas
las más importantes fuerzas
que las dos Castillas guardan.

Quiso acudir al remedio;
y así a don Pedro de Lara,
mi padre, manda que ponga
freno a su ambición tirana.
Hízolo, aunque con peligro,
sin que las fuerzas contrarias
de los rebeldes le hiciesen
volver al Temor la cara.

Puso freno a su soberbia,
venciendo en una batalla
a don Fernán Ruiz de Castro,
con el señor de Vizcaya,
don Lope de Haro y quedó
con aquesto respetada
doña Urraca, y reprimidas
sus inquietas arrogancias
Obligó tanto a la reina,
que pasando su privanza
de vasallo, a ser señor,
quiso ilustrar nuestra casa,
y hacerle rey de Castilla,

dándole mano y palabra
de esposa. ¿Veis qué ocasión,
si supiéramos gozalla?
Hubiera llegado a efecto,
si en secreto ejecutara
los intentos de la reina,
mi padre; mas su desgracia
y cortedad difirieron
nuestras dichas y esperanzas,
hasta que de estos sucesos
voló la parlera Fama.
Alborotáronse todos,
y puesta Castilla en armas,
a don Alfonso, el infante,
que en Galicia se criaba,
trujeron hasta Toledo;
y aunque en la edad tan temprana,
que los siete años cumplía,
por él pendones levantan,
y por rey todos le juran,
haciendo que a doña Urraca,
su madre ponga en prisión.
Llegó luego la privanza
de don Fernán Ruiz de Castro
a tanto, que por su causa
quitó el rey las fortalezas
y lugares de importancia
a mi padre; como fueron
Montes de Oca, Villafranca,
Villorado, Navarrete,
a Castrojeriz, a Anaya,
a Nájera, y otros pueblos
que ganaron las hazañas
de nuestros progenitores;
no parando su venganza
hasta echarle de Castilla,
desterrado. Huyó a Navarra,
y parando en Cataluña,
como pariente, le ampara
don Jaime, su primo, conde

de Urgel, Manresa y Cerdania,
hasta que torne a dar vuelta
el tiempo y fortuna varia.
No pudo mi inclinación
de que viéndome en España,
sufriese el ver mis contrarios
sobre las sublimes alas
de la privanza y favor
del rey; y por ganar fama
fuera de mi patria y tierra,
--madre un tiempo, y ya madrastra--
vengo, valeroso conde,
aquí, donde mis desgracias,
pues os conozco por ellas,
daré por bien empleadas.

GASTÓN: Aunque cual propias las siento,
no sé si el contento iguala
de teneros en mi tierra
a la pena que me causan.
Pero si ajenas desdichas
las propias dicen que ablandan,
y pueden mejor llevarse
las penas comunicadas,
algún tanto me consuelo
por poner freno a mis ansias
con vuestros males a medias.
¡Ay, don Manrique de Lara!
Grandes vaivenes han puesto
vuestra quietud en balanzas,
pero puede resistirlas
el valor que os acompaña.
Mas si rigores de celos
arrimaron sus escalas
la noche de la sospecha
a los muros de vuestra alma,
juzgad si serán mayores
tormentos sin esperanza
de remedio, siendo amor
quien me destruye y los causa.
Vi--nunca viera--en Narbona

la hermosura soberana
de Armesinda, hija del duque,
ignorando que se entrara
al alma, amor, por los ojos.
Pero ¡qué necia ignorancia
sabiendo que son Sinones
que meten el griego en casa!
Adoré su simulacro,
quemando sobre las aras
de su memoria, deseos,
aromas que en humo pasan.
Quise decirla mis penas,
mas faltáronme palabras.
¡Ved cuán avaro es Amor,
que aun el aire da por tasa!
Busqué medios pregoneros,
que son lenguas de quien ama;
rondé, serví, paseé,
de libreas rompí galas.
Entendíome, mas no pudo
o no quiso dar entrada
a imposibles pensamientos
y a inútiles esperanzas.
Bien digo, inútiles, pues
su padre, el duque, la casa
con don Ramón de Tolosa,
aunque dicen que forzada
la libertad de Armesinda.
Y si esto es así, ¡mal hayan
leyes, que la voluntad
siendo libre, hacen esclava!
Vi concertarse las bodas,
y llena de luto el alma,
a Fox me vine a morir,
guardando para mañana
las obsequias de mi muerte,
si mi persona no basta
a divertir la memoria
que en vivos celos me abrasa.

MANRIQUE: Conde, imposibles de amor,

con ser imposibles, hallan
en los peligros, remedio,
y ventura en las desgracias.
No dejes de ir a Narbona,
que si aborrece tu dama
fuerzas de amor como es justo,
el cielo nos dará traza
como, aunque al conde matemos,
las hojas marchitas nazcan
de esa tu esperanza seca.

GASTÓN: ¡Oh, ilustre valor de España!
con remedios imposibles
casi las heridas sanas
que me atormentan. Mas, vamos
que ya me promete el alma
por tu ocasión nueva dicha.
Mantenedor es mañana
de un torneo, el de Tolosa.

MANRIQUE: Pues, Conde amigo, ¿que aguardas?
Entre todas mis desdichas
es la mayor que no hay armas
que hasta agora hayan sufrido
dos encuentros de mi lanza.
Entremos de aventureros;
verás caer la arrogancia
del de Tolosa a tus pies.

GASTÓN: Más prometen sus hazañas.

Sale TAMAYO, lacayo, con un harnero

TAMAYO: El caballo lo hizo bien,
y quien lo contrario siente,
si es rasca frisonas, miente,
y si es lacayo, también

MANRIQUE: ¿Qué es esto? ¡Ah, loco!
¡El ruin!
¡Ah, Tamayo! ¡Ah, majadero!

TAMAYO: Y pregúntele al harnero,
si era más que un celemín
y si me le dio por tasa.
Basta decirlo Tamayo,

español protolacayo.

MANRIQUE: ¿Piensas que estás en tu casa?

Calla, o vete noramala.

TAMAYO: Para quien me escucha soy
hombre que mi razón doy.

MANRIQUE: ¡Necio! Salte de la sala;
vete a la caballeriza,
que está aquí el conde de Fox,
don Gastón.

TAMAYO: ¿Aquí está, ox?
Cuando el hombre se encarniza
es caballo desbocado.
Vuestra Excelencia me dé
los brazos, la mano, el pie,
que le soy aficionado,
a fe de quien soy.

MANRIQUE: ¡Ah, necio!

TAMAYO: Y si fuere menester
le haré cualquiera placer,
porque de hacerlos me precio.

GASTÓN: ¿Quién es este?

MANRIQUE: Es mi lacayo,
y tiene siempre este humor.

GASTÓN: No es por agüero peor.
¿Cómo te llamas?

TAMAYO: Tamayo;
porque Mayo enamorado,
a lo que dicen, de mí,
el mismo mes que nací
estuvo determinado
de robarme; y para aquesto,
sin advertir que lo veía
mi padre, me metió un día
entre las flores de un cesto;
mas llegando como un rayo
mi airado padre, le dijo,
"¡Ta! ¡Mayo! dejad mi hijo.
Y así me llamo Tamayo.

GASTÓN: Buen gusto tiene.

MANRIQUE: Extremado.

Mas lo que tiene mejor
es, conde, la ley mayor
que tuvo a señor, criado.

GASTÓN: No es poco eso. Pues, Tamayo,
¿con quien el enojo ha sido?

TAMAYO: Ya con nadie. Ahí han reñido
dos frisiones con mi bayo.

Dile un pienso de cebada;
mas, según le despachó,
que no era pienso pensó
Y como iba de picada,
al más cercano caballo
le dijo, "*Monsiur* frisón,
yo tengo hambre; más razón
será pedirlo que hurtarlo.

De ese medio celemín
he de comer la mitad
en buena conformidad."
Erizó el frisón la crin,
y dándole un mordiscón,
le echó, en fin, como grosero,
tras un relincho un "no quiero."

Mi bayo, con la razón
airado, aquesa arrogancia,
dijo, "Os costará pesares."
Y señalándole a pares
los doce pares de Francia,
se metió entre los frisiones;
y con ser pares los dos,
si no le apartan, por Dios,
que me los reduce a nones.

Metióse en medio un gascón
con un palo a apaciguallo,
y sobre si mi caballo
o el suyo tuvo razón,
llegó la pendencia, en fin,
a que, si no se repara,
casi le enceleminara
con el medio celemín
los cascos. Y satisfecho

mi agravio, me salí afuera.
Ésta es la hazaña primera
que dentro de Francia he hecho.

GASTÓN: No dejaréis de aliviar
con este entretenimiento,
don Maririque, el pensamiento.
Vamos, que quiero aprestar
las armas, porque a Narbona
partamos luego.

MANRIQUE: El torneo
satisfará tu deseo.

TAMAYO: Si vas a tornear, perdona,
que aventurero he de ser.

GASTÓN: Mucho me habéis agradado.

TAMAYO: Téngame por muy criado,
que lo sabré agradecer.

Vanse todos. Salen doña ARMESINDA y ROSELA

ARMESINDA: Si una fuerza resoluta
quiebra a mi gusto las alas,
¿para qué me ofreces galas
cuando el corazón se enluta?
Rosela, en vano disputa
tu lealtad, si al fin me fuerza
a que mi inclinación tuerza
y ame al conde, que no es roble
la voluntad libre y noble
para dar fruto por fuerza.
¿Qué importa, amiga Rosela,
que me case aquesta tarde,
si con lo que el conde se arde
se enfría el alma y se hiela?
Llega a la llama la vela,
que aunque encenderse es su estilo,
si el alma mojas o el hilo,
al fuego resistirá.
Pues ¿qué efecto amor hará
donde es de nieve el pabilo?

ROSELA: Alivio suele tener
el tormento más terrible
viendo el remedio imposible
y que más no puede ser.
¿Hay pena como no ver?
Pues al ciego aquesta pena
la imaginación refrena
de no poder cobrar vista.
Tu pena el alma resista
de mil imposibles llena.

Si esta tarde has de casarte
y tienes de ser esposa
de don Ramón de Tolosa,
¿qué sirve desconsolarte?
Lo imposible ha de animarte.

ARMESINDA: ¡Qué mal remedio me ofrece
tu consejo! ¡Bien parece
cuán poco experimentada
estás! Lo adquirido enfada
lo difícil se apetece.

¿No causa la privación
apetito al deseo vario?

ROSELA: La privación, de ordinario;
pero no la negación.

ARMESINDA: Con tu frívola razón
jamás mis penas gobierno,
que a los que abrasa el infierno,
con negárselas la gloria
martiriza la memoria
de ver que es su mal eterno.

¡Ay, Rosela! más tormento
tiene de darme el pensar
cuán tarde se ha de acabar
la pena que ahora siento.

ROSELA: Entretén el pensamiento
con los dones naturales
de tu esposo, pues son tales,
que hay pocos que en gentileza,
en discreción y en nobleza
a don Ramón sean iguales.

Si ama la voluntad
el bien, en el conde tienes
tantos números de bienes
que aborrecerle es crueldad.

ARMESINDA: Eso es dar en necesidad.

Deja de buscar sainetes
al manjar que me prometes,
que sin ganas de comer
inútiles suelen ser
los más sabrosos banquetes.

Sale doña VIOLANTE

VIOLANTE: ¿Qué es aquesto, hermosa hermana?

Cuando la fama en Narbona
tus desposorios pregona
y alegra su gente ufana;
cuando viendo lo que gana
con tan famoso heredero,
está el vulgo lisonjero
tan bizarro que, en la gala,
hoy el oficial se iguala
al grande y al caballero.

¿Tú, Armesinda, estás ansí,
siendo el todo de estas fiestas?

ARMESINDA: Violante, obsequias funestas
de mi libertad las di.

VIOLANTE: Ya tu esposo viene aquí
con toda la bizarría
de Francia, que aqueste día
honra el tálamo que esperas.

ARMESINDA: ¡Tálamo! ¡Mejor dijeras
túmulo, Violante mía.

VIOLANTE: ¿Túmulo? ¡Jesús, qué susto
me has dado! No quiera Dios,
sino que os gocéis los dos
por largos años, que es justo.

ARMESINDA: Quien tiene cautivo el gusto,
de la muerte es un trasunto.

VIOLANTE: Deja eso para otro punto.

Recibe a quien te honra hoy.

ARMESINDA: Sí haré, pues que muerta estoy,
que no hay honras sin difunto.

*Salen el DUQUE viejo, don RAMÓN con una
lanza de tornear, TIBALDO y RENATO, caballeros*

DUQUE: Lanza de roquete basta.

Haced quitar la cuchilla.

RAMÓN: No he de quedar en la silla
menos, Señor, que con asta
de cuchilla de dos cortes.
Buena es aquesta y ligera.
Toma, y sea la primera
que me des.

Dásela a un criado

TIBALDO: Aunque reportes
tu inclinación, el torneo
saldrá mas regocijado
si no fuere ensangrentado.

RAMÓN: Tibaldo, siempre deseo
hacer las cosas de veras.

RENATO: Burlas de veras no son
apacibles, don Ramón,
que pesan las más ligeras.

RAMÓN: Hoy, que soy mantenedor,
pretendo de hacer mi gusto.
Mas, cese Marte robusto,
y hablen hazañas de Amor,
que aqueste es su tribunal.
Pues gozo de la presencia,
señora, de vuexcelencia,
aunque--¡por Dios!--que hable mal,
hable Marte, y haga alarde
de su bélico furor,

que si es hijo suyo Amor,
ni armas teme, ni es cobarde.

¿Cómo está vuestra excelencia?

ARMESINDA: (¡Ay, cielos! ¿Cómo estará Aparte
quien sin libertad está?

RAMÓN: Es la amorosa presencia
cárcel de la voluntad.

Si la vuestra vive presa,
la misma prisión confiesa
mi rendida voluntad;

aunque a imitación del ave,
desde pequeña encerrada,
que de la jaula quebrada
ni quiere salir ni sabe;

de tal manera el deseo
vive alegre en la prisión,
que de ella saco invención
y letra para el torneo.

Hecho Dédalo a Amor pinto,
que aquí, como en Creta, traza
los enredos con que enlaza
su confuso laberinto.

Después a mí en medio de él,
que en fe de cuanto celebra
su prisión el alma, quiebra
mi libertad el cordel

con que se libró Teseo;
y unos grillos a los pies,
con una letra después,
que explica así mi deseo,

"Si el más esclavo, ése es rey
en las prisiones de amor,
cuanto más preso, mejor."

Mirad si estoy a la ley

que de la libertad priva
el alma que tenéis presa.

DUQUE: Conde, Armesinda os confiesa
estar, como vos, cautiva.

Idos a armar, que ya es hora.

Salen don GASTÓN, don MANRIQUE y TAMAYO

GASTÓN: Corrida el alma quedara
si estas bodas celebrara
Armesinda, mi señora,
--Aymerico valeroso--
de mí, y tomara venganza
mi pena de mi tardanza.

DUQUE: ¡Oh! Conde Fox, famoso,
quejas formaba al amor
que os tengo, viéndoos ausente,
siendo tan deudo y pariente;
mas ya con vuestro valor
el desposorio y torneo quedará
honrado en extremo.

RAMÓN: Ya, ilustre don Gastón, temo
que llevándoos el trofeo
y alabanza de la fiesta,
no nos habéis de dejar
honra que poder ganar

GASTÓN: La que Narbona os apresta,
basta que la suerte os rinda,
pues cuando otra no ganéis,
¿que mayor joya queréis
que por esposa a Armesinda?

Hablan aparte TAMAYO y don MANRIQUE

TAMAYO: ¿Cuándo nos han de alabar
a nosotros?

MANRIQUE: No he querido,
Tamayo, ser conocido,
que importa el disimular.
A don Gastón he avisado
que aquí quien soy no publique.

GASTÓN: Vuelve, amigo don Manrique,
los ojos a aqueste lado,
y si eres águila mira

mi bella malmaridada.

*Hablan aparte doña VIOLANTE y doña
ARMESINDA*

VIOLANTE: Hasta aquí viví engañada.

Basta, que ha sido mentira
la fama que don Gastón
tuvo de tu pretendiente.
Creí yo que estaba ausente
desde que dio a don Ramón
el Duque, mi padre, el sí,
y, que lloraba memorias
de sus pretendidas glorias;
mas pues viene agora aquí
tan galán y cortesano,
venta fue de amor su pecho,
pues tan poca estancia ha hecho.

ARMESINDA: Como amó tarde, temprano
pudo, Violante, arrancar
la raíz mal arraigada,
porque viéndome casada,
¿qué tenía que esperar?

VIOLANTE: Dime, a fe, cuando entendiste
su declarada pasión,
¿sacó fuego el eslabón
de amor con que te encendiste?

ARMESINDA: Aunque soy de pedernal,
no da fuego mi desdén.
¿Quiéresle tú bien?

VIOLANTE: Muy bien.
¿Y tú?

ARMESINDA: Yo, ni bien ni mal.

Hablan aparte don GASTÓN y don MANRIQUE

GASTÓN: ¿Qué te parece?

MANRIQUE: No sé.

¿A cuál amas de las dos?
Pero, don Gastón, por Dios,
que desde que las miré
estoy medio no sé cómo.

GASTÓN: Pues, don Manrique, primero
que te sientas medio entero,
porque ya recelos tomo,
esta de lo blanco es
el blanco de mi tormento.

MANRIQUE: (¿Qué dices? ¡Ay pensamiento! Aparte
Volvamos a casa, pues,
por Dios, que al amor del agua
me dejé casi llevar
a donde no es poco hallar
pie, ¿no es aquésa la fragua
que al alma arroja centellas?)

GASTÓN: ¿Será, pues, doña Violante?

MANRIQUE: (¡Ay, pensamiento arrogante, Aparte
qué presto un alma atropellas!
A no vencer la amistad
que a don Gastón debo, presto
hubiera su yugo puesto
Amor a mi libertad.
Ojos, yo os enfrenaré.

RAMÓN: ¿Famosa letra?

DUQUE: Extremada.

¿Y las colores?

RAMÓN: Leonada,
verde y blanca.

RENATO: ¡Bien, a fe!

ARMESINDA: Hermana, ¿no has advertido
en el mejor talle y gala
de cuantos tiene esta sala?

VIOLANTE: Con don Gastón ha venido
un español en el traje,
digno de envidiarle el sol.

ARMESINDA: Bastará ser español
para que se le aventaje.

¡No sé qué estrella me fuerza
a amar aquesta nación!

Mas ¡ay, imaginación!
si me han de casar por fuerza,
¿qué importan vanos deseos?

RAMÓN: Vamos, que me quiero armar.

MANRIQUE: (Aunque no quiera mirar, Aparte
buscan los ojos rodeos
con que se van enlazando
cada instante. ¿Hay tal belleza?)

DUQUE: Vamos, hijas.

ARMESINDA: (¡Qué tristeza Aparte
la vida me va acabando!)
Rosela, sabe quién es
este español, que deseo
un imposible.

RAMÓN: ¿Al torneo
saldréis?

RENATO: Claro está.

GASTÓN: Después;
que quiero ser el postrero.

A don MANRIQUE

Don Manrique, de la lanza
vuestra pende mi esperanza.

MANRIQUE: Cumplíroslo luego espero.

VIOLANTE: Tierno te mira.

ARMESINDA: ¿Qué quieres?
Muerta voy. ¡Ay, españoles!,
que entre íos hombres sois soles,
y rayo entre las mujeres.

*Vanse entrando, ellas por un a parte, y ellos por
otra, y míranse mucho MANRIQUE y ARMESINDA, y al entrarse
TAMAYO le tira ROSELA de la capa*

ROSELA: Oiga, hidalgo.

TAMAYO: Yo soy *ése*,
y *clavo* de vuesaucé

ROSELA: ¿Es español?

TAMAYO: ¿No lo ve?

ROSELA: ¿Y aquel caballero?

TAMAYO: Aquese,
una camarada es mía,
que me suele acompañar
detrás, y le suelo dar
de comer.

ROSELA: ¡Buen humor cría
el hombre! ¿Cómo se llama?

TAMAYO: Yo, don Tamayo, *monsiura*,
que, preso de esa hermosura,
pretendo hoy mostrar la fama
de Tamayo en el torneo.

ROSELA: ¿Y el nombre de su señor?

TAMAYO: Don Manrique el Torneador,
se llama, de Lara.

ROSELA: Creo
que tengo ya de él noticia.
¿Y a qué ha venido a Narbona?

TAMAYO: Pienso que cierta persona
favorecerse cudicia
de su amistad y valor.

ROSELA: ¿Cómo?

TAMAYO: Comiendo.

ROSELA: Decí
esto, por amor de mi.

TAMAYO: A dar al mantenedor
cartas para la otra vida
viene.

ROSELA: ¿Cómo?

TAMAYO: Don Gastón,
mostrando, como es razón,
pena en que su amor impida
el de Tolosa, y forzada
la voluntad de Armesinda,
su padre, el duque, la rinda
a que viva malcasada,
trae consigo a don Manrique,
a cuyo encuentro primero

no hay tan fuerte caballero
que a las cuarenta no pique.

Por aquesto le dan nombre
de Torneador en España.

ROSELA: Si él sale con esa hazaña
mucho hará.

TAMAYO: (¡Mal haya el hombre Aparte
que de mi secreto fía!
Ya lo dije.) ¿Qué he de hacer?

ROSELA: Pues yo se que podrá ser,
si iguala a su bizarría
su esfuerzo, y al conde mata,
suceder en el lugar
del de Tolosa, a pesar
de quien usurparle trata
lo que él sólo ha merecido,
porque Armesinda... No más.

TAMAYO: (Volvióse la lengua atrás.) Aparte
Ya, señora, lo he entendido.

ROSELA: No sepa esto don Gastón.

TAMAYO: Serviros en callar quiero,
monsiura, un aventurero
que tiene hecho salpicón
el alma por vos, os pide
un favor para el torneo.

ROSELA: ¿Qué favor queréis?

TAMAYO: Deseo,
para que nunca os olvide,
que quitándoos el chapín
un guante del pie me deis.

ROSELA: ¿Guante del pie?

TAMAYO: ¿No sabéis
que es ya guante el escaupín?

ROSELA: Pues por él a casa vaya,
señor lacayo.

TAMAYO: Sí haré.
(¡Ah! quién viera a vuesaucé Aparte
de este lacayo, lacaya.

Vanse TAMAYO y ROSELA. Salen TIBALDO y RENATO, caballeros

TIBALDO: Digo, que el español que agora vino
con don Gastón de Fox, es don Manrique
de Lara, cuya fama le da nombre
de Torneador por excelencia

RENATO: Dicen
que no ha justado vez, que no haya muerto
al contrario.

TIBALDO: ¡Notable fortaleza!

RENATO: Por aquesta ocasión había jurado
de no entrar más en justa ni en torneo.

TIBALDO: Pues no viene a otra cosa.

RENATO: Así lo creo.

TIBALDO: Por eso darse a conocer no quiso
al duque de Narbona.

RENATO: El de Tolosa
pienso que ha de dejar libre a su esposa.

TIBALDO: Digámosle el peligro en que está puesto.

RENATO: ¿Para qué? Si Armesinda le aborrece,
como dicen, virtud será, que en pena
de pretender gozar amor forzado,
don Manrique le deje castigado.

TIBALDO: Ya ha rato que tornean. Venid, primo,
a armarnos, que ya es hora que salgamos.

RENATO: Algún suceso adverso espero. Vamos.

*Vanse RENATO y TIBALDO. Salen doña
ARMESINDA y ROSELA*

ARMESINDA: Fingí el desmayo, Rosela,
quitándome del balcón
por no ver la justa y tela;
que, aunque justa don Ramon,
su injusto amor me desvela.

Alborotóse la gente
del repentino accidente;
vínome mi padre a ver,
y aunque debió de entender

la causa, como es prudente,
dejándome sosegar,
se volvió a ver el torneo.
Mas, ¿cómo he de reposar
siendo de azogue el deseo
que me ha venido a matar?
¿Que don Manrique de Lara
es, Rosela?

ROSELA: El talle y cara
su mucho valor pregona.

ARMESINDA: ¿Qué a aqueso vino a Narbona?
¡Ay, cielo! ¡Si ejecutara
mi esperanza en esta empresa,
Y con una muerte sola
hiciera mi dicha expresa!
Que tengo el alma española,
aunque la juzgas francesa.

ROSELA: A instancia de don Gastón
viene.

ARMESINDA: ¿Y no de la afición
con que, cuando me miraba,
por los ojos me enseñaba
el alma y el corazón?
No lo creas.

ROSELA: Si el criado
no miente, aquesto es verdad.

ARMESINDA: Podrá ser que sin cuidado,
las leyes de la amistad
le hayan, Rosela, obligado
a que hoy muestre su valor;
pero yo sé que el rigor
de Amor, como a mi le abrasa
desde que entró en esta casa;
que ya me ha dicho su amor.

ROSELA: ¿Pues hasle hablado de veras?

ARMESINDA: Contado me han los enojos
de sus ardientes quimeras
las dos niñas de sus ojos,
que en ser niñas son parleras.

ROSELA: También yo he significado

tu nueva pena al criado.

ARMESINDA: No has hecho mal si es discreto,
que, como el fuego, el secreto
revienta si está encerrado.

Tocan cajas dentro

Pero, ¿qué es esto?

ROSELA: Imagino
que es algún aventurero.

*Sale don GASTÓN apadrinando a don MANRIQUE,
que sale a tornear. Saca una banda en la cara y un paje con una
tarjeta, y en ella la divisa del CONDE, de la suerte que dicen
las coplas. Da la letra el CONDE a ARMESINDA, y ella la
tomará con cortesía*

ARMESINDA: ¡Bravo talle!

ROSELA: ¡Peregrino!

ARMESINDA: Que es el español, infiero.

ROSELA: Y don Gastón el padrino.

ARMESINDA: Mira la tarjeta.

ROSELA: En ella
lleva una divisa bella.
Un caballero es, armado,
con la amistad abrazado,
que el niño amor atropella.

ARMESINDA: Lee la letra. (¿Hay tal rigor?) Aparte

ROSELA: "Vuestra afrenta siente amor;
mas, perdonad, que conmigo
puede más que amor, mi amigo."

ARMESINDA: Salió cierto mi temor.

Por don Gastón significa
que hace el valor resistencia
al amor que ya publica.

¡Ay, cielos! Dadme paciencia.

ROSELA: Gallarda presencia.

ARMESINDA: Rica.

*Vanse, y al pasar echa don MANRIQUE un papel en el
suelo*

ROSELA: Un papel de industria echó
en el suelo, don Manrique.

ARMESINDA: Muestra--¡ay, Dios!--si se atrevió
su amor a hacer que publique
su pena. ¿Abriréle? No,
que lo que tardo en leelle
privo a los ojos de velle.
Quiero tornar al balcón.
Amor, haz que a don Ramón
y su arrogancia atropelle.

ROSELA: Mira lo que viene en él.

ARMESINDA: ¿Y después qué haré, ignorante,
siendo conmigo crüel,
si pierdo ver a mi amante,
por leer este papel?

Vase ARMESINDA

ROSELA: ¿Qué laberinto intrincado
es éste, Amor, en que has puesto
a Armesinda en tal cuidado?
Mas no es nuevo en ti. ¿Qué es esto?
Oigan, éste es el criado.

*Tocan cajas dentro. Sale TAMAYO con un vestido de
risa, con lanza. En el brazo de la lanza lleva una bacía
de barbero, y debajo colgada una bolsa vacía; y en la otra
mano una tarjeta, y en ella una ballena pintada, y colgada de la
tarjeta una bota llena de vino. Pasa, y da la
letra*

TAMAYO: [Aquí estamos ahora], *monsiura,*

todos somos torneadores.

ROSELA: ¡Hay más graciosa figura!

TAMAYO: A esto obligan los amores
de vuestra gran ferrosura.

Mirad la gala y adorno
con que de amor el buchorno
mis pensamientos penetra,
que luego veréis la letra
del torneo a donde torno.

Porque hecho tornero, Amor,
torneando mi deseo,
si torna a hacerme favor,
seré un torno en el torneo
que tornearé alrededor;
y si en el torneo trastorno
al torneador, hecho un torno,
este pecho torneado
tornará a veros, honrado,
como mula de retorno.

ROSELA: ¡Qué bien del vocablo juega!

TAMAYO: ¿No penetráis la intención?

ROSELA: A declarármela llega.

TAMAYO: Oíd su interpretación,
que a fe que es de una gallega.

Una bacía de barbero
es ésta, y bolsa de cuero
estotra que pende de ella;
una bota aquesta, aquella
una ballena. Ahora quiero
daros la interpretación.
Porque esté la bota mía
llena, gasto mi ración
y siempre traigo vacía
la bolsa. Aquesta razón
que traigo, Tamayo ordena
la bota con la ballena,
la bolsa con la bacía.
Lea, pues, franchota mía.

ROSELA: "Vacía, porque va llena".

TAMAYO: Porque va llena la bota,
la bolsa vacía va.

ROSELA: De tu ingenio has dado nota.

TAMAYO: Vueseñoría verá
una hazaña lacayota.

*Vanse ROSELA y TAMAYO. Hay ruido de armas. Salen
don MANRIQUE, don GASTÓN y el DUQUE, RENATO, TIBALDO Y
GUARDAS acuchillando a don MANRIQUE y don GASTÓN, y ellos
retirándose*

DUQUE: Matalde, que al de Tolosa
ha muerto

MANRIQUE: Aquesto es injusto.
Si, según las leyes justo
del torneo, ¿es justa cosa
que, porque al conde haya muerto,
me prendan, duque perjuro?

GASTÓN: ¿Así guardas el seguro
de estas fiestas?

DUQUE: Encubierto
veniste por darle muerte,
fiero español. Ya he sabido
quién eres; y pues has sido
quien en obsequias convierte
las bodas de don Ramón,
si porfía en resistirse,
matadle, que el encubrirse
especie fue de traición.

GASTÓN: ¡Ah tirano! ¿de este modo
quieres que el mundo publique
tu infamia?

DUQUE: Con don Manrique
prended al de Fox y todo,
que él toda la causa ha sido
de esta desgracia.

MANRIQUE: El valor
de España me da favor.
Muerto, pero no vencido
me traerán a tu presencia.
Don Gastón, mis pasos sigue.

*Retíranse los dos y van tras ellos los
guardas*

RENATO: Espántome que le obligue
la pasión a vuexcelencia
para hacer tal.

DUQUE: Dadle alcance,
o matadle, o moriré.

TIBALDO: Mira, gran Señor, que fue
el torneo a todo trance.
Si con hierro de dos cortes
quiso justar don Ramón,
y le han muerto, ¿qué razón
hay porque no te reportes?

DUQUE: ¡Mal haya el torneo y lanza
De tal valor homicidal

Sale doña ARMESINDA

ARMESINDA: (Alegre por ver cumplida Aparte
mi libertad y esperanza
vengo, pero el sentimiento
aunque fingido, es forzoso.
Si llorare al muerto esposo,
alma, decidles que miento.)
¡Ay, de mí!

DUQUE: De estos enojos
tú eres toda la ocasión.
Por ti han muerto a don Ramón.

ARMESINDA: Testigos serán los ojos,
señor, si el alma ha sentido
esta desgracia cruel.

*Hace doña ARMESINDA que se entristece y
cáesele el papel que le dio don MANRIQUE*

DUQUE: Lloras falsa? (¿Qué papel Aparte
es el que se le ha caído?)

ARMESINDA: ¡Ay cielos!

DUQUE: Mostrad, veré
lo que dice.

ARMESINDA: (El que me dio Aparte
don Manrique es. ¡Triste yo!
Ya de veras lloraré.)

Lee el DUQUE la carta

DUQUE: "Tres cosas me han obligado a quebrar
el juramento que me forzaron a hacer
las desgracias que siempre en las fiestas
y torneos me han sucedido. La primera es
saber que el conde de Tolosa ha obligado
la voluntad de vuestro padre, el duque,
a que os case con él. La segunda, la
amistad que debo al Conde de Fox--cuyos
deseos merecen, Señora, ser por vos
premiados, por no haber jamás excedido
de las leyes que un lícito amor permite--
y la tercera, aunque es la principal,
quiero callarla, por no ofender a la
segunda. Rogad, Señora, al cielo cumpla
vuestra esperanza y el deseo que de
serviros tengo. Don Manrique de Lara."

DUQUE: Mirad si fue mi recelo
cierto,--¡ah, tirana!--por ti
murió don Ramón así.
Pero--¡crüel!--vive el cielo
que he de tenerte en prisión
mientras que tuvieren vida

el español homicida,
y su amigo don Gastón.
Llevalda a una fortaleza,
y las llaves me entregad.

RENATO: ¡Señor!

DUQUE: Llevalda; ¡acabad!

TIBALDO: ¡Señor!

DUQUE: ¡Mal haya belleza
tan cara!

ARMESINDA: Cualquier prisión
alegre el alma recibe,
pues que don Manrique vive
y ya murió don Ramón

*Llevan a ARMESINDA. Sale TAMAYO, con la
bacía de barbero y espada desnuda*

TAMAYO: Algún diablo me ha metido
en dibujos. Di Tamayo,
¿tú torneador y lacayo?
Don Manrique, se ha perdido,
y yo--si el duque me coje--
he de pagar por los dos.
Bacía, escondedme vos,
aunque las barbas me moje.
Nunca más Francia tornero.

Pónese la bacía

DUQUE: ¿Qué hombre es éste?

TAMAYO: Yo, señor.

DUQUE: Prendedle

TAMAYO: Ten el rigor.

DUQUE: ¿Quién sois?

TAMAYO: Un pobre barbero
que vengo a sangrar a un músico
digo, un criado que agora
murió por quien Francia llora.

La bacía te hará cierto
de que a sangrarle venía.

DUQUE: ¡Echad este loco!

TAMAYO: Bueno.
¡Vive Dios que voy relleno!
Mamóla el duque, bacía.

Vase TAMAYO. Salen los GUARDAS

GUARDA: Tan grande el esfuerzo ha sido
del valeroso español,
que, con la ausencia del sol,
la noche ha favorecido
su vida, Señor, de suerte,
que al fin se nos ha escapado.
Sólo el de Fox ha quedado,
tan herido, que a la muerte
está.

DUQUE: Pues ponedle preso,
y seguid este enemigo,
que con público castigo
ha de pagarme ese exceso.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen don MANRIQUE y el rey de NAVARRA

MANRIQUE: Don Guillén de Tolosa, cuyo estado,
como hermano, heredó del conde muerto,

viendo al de Fox, mi amigo, aprisionado,
su dañada intención ha descubierto,
porque con Aymerico concertado
que guarde a don Gastón, tiene por cierto,
después que a Fox y su condado rinda,
ser dueño de Narbona y de Armesinda.

Hásela el duque viejo prometido,
y hasta que ella dé el sí de ser su esposa,
la tiene en un castillo, donde ha sido
Armesinda tan firme como hermosa;
porque aunque a nadie el Duque ha permitido
visitarla, sino es al de Tolosa,
ni que la sirva más que una doncella,
no puede persuadirla ni vencella.

Aquesto, gran señor pasa en Narbona.
Amigo soy de don Gastón; y tanto,
que por la libertad de su persona
daré la vida. Pues el cielo santo
de Aragón te ha entregado la corona,
con que tu nombre al moro causa espanto
y obedecerte a questo reino miro
por sucesor del monje don Ramiro.

Así pise las lunas africanas
la victoriosa cruz de tus banderas,
desterrando las barras catalanas
al sarraceno vil de sus riberas,
que el nombre que de justo y largo ganas,
con don Gastón mostralle agora quieras,
dándome gente y armas, con que pueda
su estado defender, que a riesgo queda.

Perderá el de Tolosa su arrogancia,
y partiendo a Narbona en son de guerra,
las lises quitaré, que le dio Francia,
y las barras pondré de aquesta tierra.
Gozarás a Narbona, si a tu instancia
al Duque venzo, que la paz destierra,
y libre don Gastón, será testigo
de lo que vale un verdadero amigo.

NAVARRA: Don Manrique, el amor que os he cobrado
a vos y a vuestro padre, el conde muerto,

por el rey de Castilla desterrado,
y admitido en mi reino, os hará cierto
cuanto deseo, que al antiguo estado
de Castilla volváis; y tornen puerto
allí vuestros trabajos; mas recelo
que aun no quiere aplacar su enojo el cielo.

Con el rey de Castúla, Alfonso Octavo,
por cartas he tratado que os reciba
en su gracia, mas lleva por el cabo
la envidia a su rigor desde que priva
con él don Lope de Haro, y temo al cabo
que ha de ser imposible, mientras viva
su enojo, y de don Lope la privanza,
cumplir vuestra quietud y mi esperanza.

Quisiera, don Manrique, para aquesto
que, restaurando parte del estado
que habéis perdido, os viera otra vez puesto
conforme merecéis. Pues el condado,
de Fox está en peligro manifiesto,
preso su conde, y él casi usurpado,
gozad de la ocasión. Yo os daré gente
con que quede por vuestro fácilmente.

A mí me está esto bien, porque es frontera
Fox, de Aragón y, su áspera montaña,
por donde Francia ha hecho guerra fiera
diversas veces a Aragón y a España.
Por aquesta razón, Conde, quisiera
que, sacando mis gentes en campana,
ganárades a Fox, que así procuro,
que estemos, vos honrado y yo seguro.

MANRIQUE: Señor, si la amistad que he profesado
con don Gastón, permite, estando preso,
tan grande ingratitude, que su condado
le usurpe...

NAVARRA: Don Manrique, dejaos de eso;
mi amigo sois también; determinado
tengo de hacer matarle, que os confeso
que las guerras que ha hecho a esta corona
piden satisfacción de su persona.

Si estimáis mi amistad más que la suya,

yo haré que, despreciando al de Tolosa,
su hija el de Narbona os restituya
y, conquistando a Fox, sea vuestra esposa.

MANRIQUE: Primero el cielo santo me destruya,
que, siendo yo su amigo, haga tal cosa.

NAVARRA: Perderéis, no cumpliendo lo que os digo,
por un amigo conde, un rey amigo.

Vase el rey de NAVARRA

MANRIQUE: ¡Qué notable tentación
ha combatido mi pecho!
La honra con el provecho
grandes enemigos son.
Si ha de morir don Gastón,
sin que le dé libertad
de Aymerico la crueldad
con que mis ruegos resiste,
porque su estado conquiste
¿en qué agravio su amistad?
Mas--¡Oh, civil pensamiento!--
¿tal comunicas conmigo?
Preso don Gastón, mi amigo,
su hacienda usurparle intento?
Quimeras sin fundamento
son; mas, si en prisión crüel
muere, ¿qué he de hacer? Ser fiel,
y a pesar de armas y miedo,
libertarle; y si no puedo,
morir en prisión con él.
¿Mandólo el rey de Aragón?
Cuando el amigo es de ley
atropella vida y rey.
¿Que importa, si entrambos son
amigos? La obligación
que tengo al rey, y su amor
no ha de manchar mi valor,
para que su intento siga,
que no es amigo el que obliga

a su amigo a ser traidor.

Estas consecuencias claras,
por más seguras elijo,
que bien dijo aquél que dijo,
"El amigo hasta las aras."
Mas--¡ay, alma!--¿No reparas
que a Armesinda me han de dar?
Gran premio, no hay que dudar;
porque si se ha de romper
la amistad, sólo ha de ser
por amor o por reinar.

Interés y amor me llama
pero, en fin, soy don Manrique;
padezca yo, y no publique
de mí tal caso la fama.
Amo a quien amigo ama,
sin poder mi libertad
olvidar tanta beldad;
pero atórméteme y muera
mi amor, como quede entera
la ley de nuestra amistad.

Sale TAMAYO

TAMAYO: ¡Válgame Dios! Y qué a pique
de morir está un lacayo,
si anda cual yo!

MANRIQUE: Tamayo.

TAMAYO: ¡Pardiez! señor don Manrique
que no lleguemos a nietos
con esta vida en Narbona.
Ayer se vio la persona
en temerarios aprietos.
No soy bueno para espía.
Mándame tú que haga plaza
del mandil y la almohaza,
o que juegue todo un día
y la noche, aunque a mi padre
pierda, y no me mandes ser

podenco de una mujer;
que no pare y es mi madre.

¡Bravas cosas hay de nuevo!

MANRIQUE: ¿Cómo? ¿Hablaste a don Gastón?

TAMAYO: ¡Sí! ¡Bonica es la prisión,
y bonito es el mancebo!
Ahí tenemos en el arca
otra vida. No hay entrar
una mosca en el lugar;
y por toda su comarca
se publica que eres muerto.

MANRIQUE: ¿Que soy muerto?

TAMAYO: Sí; y también
que en volviendo don Guillén
de Fox, que dicen que es cierto
el haberse apoderado
de su injusta posesión,
le darán a don Gastón
despachos en un bocado.

MANRIQUE: ¿Que soy muerto yo?

TAMAYO: Tú, pues.
Y aunque entonces lo creí,
y mandé decir por tí
un real de misas, después
que vi a Rosela quedé
desengañado y corrido.
Dice, que el haber fingido
el duque tu muerte, fue
porque Armesinda te adora,
desde que a Narbona fuiste
y muerte a don Ramón diste,
como a su Endimión la Aurora.
Tiénela su padre presa
hasta que dé el sí de esposa
A don Guillén de Tolosa;
y como a voces confiesa
que don Manrique de Lara
sólo su esposo ha de ser,
tu muerte finge, por ver
si así su mal se repara

y de su amor la revoca.

MANRIQUE: ¡Qué! ¿Por eso lo ha fingido?

TAMAYO: Sí; mas tan mal le ha salido
la traza, que, como loca,
sin que a nadie comunique,
no hay en la torre lugar
donde no vaya a buscar
su Torneador don Manrique.

Esto de Rosela sé.

MANRIQUE: ¡Qué! ¿Tan de veras me ama?

TAMAYO: Digo que a voces te llama.

MANRIQUE: Tamayo amigo ¿qué haré?

TAMAYO: Buscar algún hechicero
que te lleve por el viento,
por arte de encantamiento,
que yo no oso ni quiero
meterme más en dibujos.

MANRIQUE: ¡Ay! ¡Quién la desengañara!

TAMAYO: Pues, don Manrique de Lara,
si eso intentas, busca brujos,
que en Navarra y Aragón
no faltan, y cumplirán
tu deseo.

MANRIQUE: En fin, ¿que están
resueltos que don Gastón
muera?

TAMAYO: Como te lo cuento.

MANRIQUE: No saldrán con su crueldad.

¡Mostrad quien sois, amistad!
¡Ah! ¡Fuera, vil pensamiento;
que ha de vivir don Gastón,
y de Armesinda ha de ser
esposo, con el poder
y armas del Rey de Aragón;
que, pues favor me ha ofrecido
como le usurpe el condado,
diré que, determinado
de darle gusto, he querido
ganar a Fox y a Narbona.
Combatiré hasta sacar

libre a don Gastón, y dar
señales de que me abona
sangre de Lara y valor
de España, porque después
sepan que pisan mis pies
al interés y al amor.

Tamayo, tú has de dar traza
como sepa que no he muerto
Armesinda.

TAMAYO: ¿Yo? Por cierto
que cogiste linda maza.

¿Cómo será eso posible,
si el duque tiene las llaves
de la prisión, como sabes?
Haz tú que sea invisible,
o dame la traza y modo,
pues que el peligro me das.

MANRIQUE: Tú, Tamayo, la hallarás,
que eres hombre para todo.

Esto importa, y me está bien
que si me tiene por muerto,
es mujer, y será cierto
el serlo de don Guillén.

TAMAYO: Mas, que me tienen de dar
un zaparrazo por ti,
extraño.

MANRIQUE: Haz esto por mí.

Y vamos, que voy a hablar
al rey, por dar a un amigo
vida y libertad.

TAMAYO: Yo voy
a Narbona a morir hoy.
¡San Nuflo vaya conmigo!

*Vanse don MANRIQUE y TAMAYO. Salen doña VIOLANTE,
y don GASTÓN en la prisión*

VIOLANTE: No me agradezcas a mí,
don Gastón, este favor;
agradécelo al amor,
que, aunque quejosa de ti,

la industria para librarte
que ves agora me ha dado.
Mi padre, contigo airado,
manda al alcaide matarte
esta noche, y a mi instancia,
dando garrote a otro preso
por ti, te libró.

GASTÓN: Confieso
que eres la lealtad de Francia.

Confieso, doña Violante,
que a poder mi voluntad
usar de su libertad,
quedara con ser tu amante,
en la obligación mayor
que un hombre puede tener;
pero, ¿cómo puede ser
si a Armesinda tengo amor?

Echóse sobre la hacienda
por ser acreedor primero;
y así, aunque pagarte quiero
si no es que palabras venda,
que son solas las alhajas
que me han quedado, no sé
como pagarte podré,
que en palabras pago en pajas.

VIOLANTE: Don Gastón, no quiero más
de que a tu estado te vuelvas
y que en el alma resuelvas
la obligación en que estás
a mi amor, ya que mi hermana,
tan lejos de amarte vive,
que sólo admite y recibe
una pretensión villana
de un falso amigo que tienes,
con quien mi padre la casa.

GASTÓN: ¡Ay, cielos! Si aquesto pasa,
¿por qué a darme vida vienes?
Morirme fuera mejor.

VIOLANTE: (Celos ¿qué vais a decir? Aparte
Mas, si vive de mentir

y engañar siempre el Amor,
con una mentira quiero
probar si a Armesinda olvida
don Gastón, que aborrecida,
alegre suceso espero.

GASTÓN: ¿Es don Manrique de Lara
el amigo que me vende?

VIOLANTE: Ése a Armesinda pretende,
y solamente repara
en que vivas, don Gastón;
y así la ocasión ha sido
de matarte. Ha intercedido
por él, el rey de Aragón,
y mi padre, a instancia suya,
despreciando al de Tolosa,
se la ofrece por esposa.

GASTÓN: ¡Válgame Dios! ¡Que destruya
el interés tal amor,
tanta fe, tanta amistad,
tanta nobleza y lealtad,
tanto esfuerzo y tal valor!
¡Manrique!...¡ah, ingratos cielos!

VIOLANTE: En notable riesgo estás,
si aquí te detienes más.

GASTÓN: ¡Manrique!... ¡ay, rabia ¡ay, celos

VIOLANTE: Vete a Fox, y en él advierte
que te di, Conde, la vida.

Vase doña VIOLANTE

GASTÓN: Mientes. Tú eres mi homicida.
¿Aquésta es vida? Ésta es muerte.

Falsa amistad, ladrón disimulado,
que lisonjea al que robar procura;
perro que halaga lo que el manjar dura,
para morder después que está acabado.
¿Cómo es posible que hayas derribado
con el vano interés de una hermosura

la más firme amistad y más segura
que Francia vio jamás y España ha dado?

Labra en palacio en el verano el nido
la golondrina, que parece eterno,
mas huye en el invierno y busca abrigo.

De la falsa amistad símbolo ha sido.
Labró el verano, pero huyó el invierno
de mis trabajos el mayor amigo.

Vase don GASTÓN. Salen TAMAYO y ROSELA

ROSELA: De manera lo ha sentido,
y tan fuera de sí está,
que al duque le pesa ya
de haber su muerte fingido.

Teme que ha de enloquecer,
y aunque más la desengaña,
que vive y que está en España,
no hay persuadirla a creer,
sino que con don Gastón
murió también don Manrique.

TAMAYO: (No sé que traza fabrique Aparte
para entrar en la prisión.)
¿En fin, que la crueldad
de Aymerico llegó a tanto
que al de Fox mató?

ROSELA: Es espanto;
no hay persona en la ciudad
que su muerte malograda
no sienta en extremo.

TAMAYO: Y bien;
¿piensa salir don Guillén
con la traza concertada?

ROSELA: En conquistando el condado
de Fox, se desposará
con Armesinda.

TAMAYO: Si hará,
si no vuelve trasquilado.
Don Manrique, mi señor,

parte a su defensa, y lleva
diez mil soldados a prueba
de lealtad y de valor.

Y pues don Gastón es muerto
sin herederos, sin duda
que luego a Narbona acuda;
y en viniendo, ten por cierto
que, vengando a don Gastón,
será duque de Narbona.
Y para honrar mi persona,
dicen que tiene intención,
armándome caballero,
de hacerme caballero
mayor; y aunque sea postizo
el cargo, contigo quiero
casarme! que eres rolliza.

ROSELA: ¿Conmigo?

TAMAYO: Mi fe te doy,
si caballero soy,
que has de ser caballero.
En pago de esto quisiera
que a Armesinda consolaras
y que la desengañaras.

ROSELA: Tamayo, aqueso es quimera.
Ni me ha de creer, ni puedo
entrar a verla ni hablarla.

TAMAYO: ¿Pues cómo podré avisarla?
¿qué mujer hay, que un enredo
no sepa para advertirla
que mi señor vivo está?

ROSELA: De ninguno lo creerá
mejor que de ti.

TAMAYO: A decirle
vengo a questo de Aragón.
Pero ¿qué traza ha de haber
para hablarla, si ha de ser
entrando yo en la prisión,
y no sabiendo volar?

ROSELA: Guardándola el duque tanto,
no sé como.

TAMAYO: Haz tú un encanto.

ROSELA: Ten ánimo para entrar
dentro en un cofre cerrado
que de vestidos la envió,
y hablarásla.

TAMAYO: ¿Cómo? Un frío
de miedo el alma me ha dado.
¿Yo en cofre?

ROSELA: Si tan leal
eres siempre a tu señor,
no es mucho esto.

TAMAYO: De temor
me suele venir un mal,
siempre que estoy encerrado,
con que se me ablanda el vientre.
Si me viene después que entre,
y estoy vivo embalsamado,
¿gustarás de verme ansí?

ROSELA: Hoy le tienen de llevar.
Si te quieres arriesgar,
famosa traza te di.
Determinate, Tamayo.

TAMAYO: Vamos, tornaré sudores.
¿A qué no obligáis, señores,
a un leal y fiel lacayo?

ROSELA: Ven a enterrarte.

TAMAYO: En salud
me llevan.

ROSELA: ¿Eso te espanta?

TAMAYO: Mi sacristán eres. Canta
cuando esté en el ataúd.

*Vanse TAMAYO y ROSELA. Sale un alarde de soldados,
tocando primero dentro un tambor, y don MANRIQUE detrás,
con bastón de general*

MANRIQUE: ¡El Conde don Gastón muerto, y su amigo
con vida, y sin que tome la venganza
del homicida un ejemplar castigo!

¡Oh, Duque fiero! espera, que si alcanza
a tu Narbona el fuego de mi furia,
no lograrás tu inútil esperanza.

¿Qué alarbe, qué villano de Liguria,
por la codicia de un condado, hiciera
a su mismo valor tan grande injuria?

A Fox he defendido, y defendiera
de tu avara ambición el mundo todo,
por más que el de Tolosa se opusiera.

Presto verás, si escalas acomodo
a tus cobardes muros, que en España
soy heredero del esfuerzo godo.

Manrique y Lara soy. Si en sangre baña
mi enojo tu ciudad, y no perdona
niños y viejos mi sangrienta hazaña,

no te espantes. Marchemos a Narbona,
que la sangre del conde a voces pide
venganza de la muerte que pregona.

El Duque muera; aunque mi amor olvide
a Armesinda, que no hay amor que ablande
pecho donde un fiel amigo reside.

Castigo grande pide injuria grande;
mas--¡ay, cielos crueles!--¿qué castigo

..... [-ande]

la muerte vengará de tal amigo?

..... [-ego]

..... [-igo.]

SOLDADO 1: Famoso don Manrique, marcha luego.

Mete a saco a Narbona; muestra a Francia
tu valor, y la guerra a sangre y fuego;
que pues el de Tolosa y su arrogancia
huyó furioso, y Fox por tuyo queda,
ser tus soldados, es nuestra ganancia.

SOLDADO 2: Aunque el rey de Aragón quejarse pueda

que contra el duque de Narbona vamos,
cuya antigua amistad la guerra veda,
es tan grande el amor que te cobramos,
y tan grande del duque fue el exceso,
que tu gusto y su muerte procuramos.

MANRIQUE: Cuando el rey sepa, amigos, el suceso,

aunque era don Gastón contrario suyo,
confesará el agravio que confieso.

De su valor, su justo enojo arguyo.
Marchemos a Narbona, y sus despojos
gozad mientras me vengo y la destruyo.

Doblad banderas y estandartes rojos;
sacad pendones negros, y entapicen
los vientos la color de mis enojos.

El destemplado parche solemnice
las obsequias y el luto que merece
mi amigo malogrado y infelice,
que contra el fiero duque el cielo
ofrece un castigo cruel; mas, ¿qué castigo
la muerte vengará de tal amigo?

Vanse todos. Sale doña ARMESINDA sola

ARMESINDA: Ya, aunque libertad me den,
no la querrá mi firmeza,
que libertad y tristeza
pocas veces dicen bien.
Llore el conde don Guillén;
podrá ser me ablande ansi
que como cuanto hay en mí
es llanto, pena y dolor,
vestido de mi color,
quizá me obligará a un sí.

Mas ¿para qué ha de querer
el sí de un alma, trasunto
del sepulcro de un difunto
cuya vida solía ser?
Ojos, ya es hora de hacer
los funerales oficios,
de vuestro pesar indicios,
pues funda en vos cada día
Amor la capellanía
de estos tristes ejercicios.

Descúbrese un cofre en que estará

TAMAYO; va respondiendo, sacando la cabeza y tornándola a meter. Prosigue ARMESINDA

ARMESINDA: ¿Es posible que murió
don Manrique, y que estoy viva,
cuando de su luz me priva
la muerte, que le eclipsó?
Lengua, responded que no,
y engañadme un rato así.
¿Vive? Decid que sí.

TAMAYO: Sí.

ARMESINDA: ¡Ay, cielos! ¿Quién respondió
el si que el alma oyó?

TAMAYO: Yo.

ARMESINDA: ¡Válgame Dios! ¡Con qué miedo
oyendo esto quedo!

TAMAYO: Quedo.

ARMESINDA: ¿Huiré de aquí? Mas, no.

TAMAYO: No.

ARMESINDA: ¿Hay más temeroso ensayo?
Voz, que mi muerte difieres,
di, ¿soy yo quien eres?

TAMAYO: Eres.

ARMESINDA: ¿Y tú?...Desmayo...

TAMAYO: Tamayo.

ARMESINDA: ¿Quién es Tamayo?

TAMAYO: Lacayo.

ARMESINDA: ¡Válgame el cielo! ¿Hay tal cosa?
No oso hablar de medrosa.

TAMAYO: Osa.

ARMESINDA: Voz, ¿de dónde me has hablado?

TAMAYO: ¿Adónde estás? Embaulado.

ARMESINDA: De oírle estoy temerosa.
Que perdí el seso imagino.
¿Si es esto algún frenesí?
Mas, no. ¿Qué quieres de mí,
voz, que a mi mal vino?

TAMAYO: Vino.

ARMESINDA: Sin duda que desatino

Sale TAMAYO del cofre

TAMAYO: Vino quiero y vino pido,
 --¡cuerpo de Dios!--que embutido
 en un baúl más de un hora,
 por sólo hablaros, señora,
 ni he comido ni he bebido.

ARMESINDA: ¡Ay, Jesús! ¿Quién eres, hombre?
 ¿Cómo entraste aquí?

TAMAYO: No sé.
 En arca, como Noé.
 Tamayo soy no se asombre.
 Don Manrique, mi señor,
 tiene de vivir más años,
 a pesar de los engaños
 de tu padre, que Nestor.
 A esto sólo me ha enviado.
 Con las armas de Aragón
 va a tomar la posesión
 de aquel famoso condado,
 que será suyo, por muerte
 del conde, su gran amigo;
 y a mí, que siempre le obligo
 con hazañas de esta suerte,
 en el cofre que Rosela
 de vestidos te envió,
 mi industria me sepultó.
 Agradece mi cautela
 y dame albricias.

ARMESINDA: Si es cierto
 que mi español vivo está,
 cualquiera joya será
 de poco precio.

TAMAYO: No es muerto.

ARMESINDA: Toma este diamante; ten
 esta cadena, este anillo;
 torna aqueste cabestrillo
 y aquestas perlas también.

TAMAYO: ¡Cuerpo de Dios, y qué rico

quedo esta vez!

DUQUE: ¡Abrí aquí! Dentro

ARMESINDA: Éste es mi padre, ¡ay de mí!

TAMAYO: ¿Quién? ¿Cómo?

ARMESINDA: El Duque Aymerico.

TAMAYO: De esta vez me hace gormar

oro y joyas. San Onofre,
ayudadme, que en mi cofre
quiero tornarme a embaular.

*Métese TAMAYO en el cofre. Salen el DUQUE y
doña VIOLANTE*

DUQUE: Notable es la confusión
en que estoy puesto, Violante.
Si aquesto pasa adelante,
temo la justa pasión
que don Manrique de Lara
muestra por su amigo, el conde.

ARMESINDA: ¡Señor!

DUQUE: Hija, hoy corresponde
la Fortuna, hasta aquí avara
con tu gusto. Aquí me escribe
y manda el rey de Aragón
que acudiendo a la afición
de don Manrique, que vive,
aunque lo contrario dije,
te despose con él luego.
Yo quiero cumplir su ruego
y tu gusto, que me aflige
el ver venir a Narbona
don Manrique, en son de guerra,
destruyéndome la tierra
de suerte, que no perdona
la vejez ni la puericia
que su rigor fiero alcanza,
diciendo que es en venganza
del conde y de mi injusticia.
Algún gran daño recelo,

que me coge descuidado,
y un español enojado
es ira y rayo del cielo.

ARMESINDA: ¿Sabe él que gustas, señor,
que sea mi esposo?

DUQUE: Sí.

ARMESINDA: ¿Pues tan poco fías de mí
y tan poco puede amor?
¡Bravatas son españolas!
Pasen tempestad y truenos,
verás los cielos serenos,
y el mar amansar sus olas.
Yo quiero desenojarle.

VIOLANTE: Eso mejor lo haré yo,
que Don Gastón no murió.

DUQUE: ¿Cómo?

VIOLANTE: Si juras de darle
por esposa a Don Manrique,
como dices, a mi hermana,
yo haré que venga mañana
a tus pies, Y que publique
pesarle haberte enojado.

DUQUE: Yo lo juro. Pero di,
¿Don Gastón es vivo?

VIOLANTE: Sí;
por mi industria se ha librado
de tu rigor, dando muerte
el alcaide a otro por él.

DUQUE: Confieso que fui crüel.
Contento estoy de esa suerte.
Mañana entrará en Narbona:
estarás, hija, avisada.

ARMESINDA: ¡Cielo eres, prisión amada!

DUQUE: Violante, por tu persona
quedará libre mi estado
de la cólera española;
siendo bastante ella sola
a venceros. Obligado
voy. Hazle luego avisar,
que yo quiero responder

al Rey.

ARMESINDA: Volvióse en placer
mi temeroso pesar.

VIOLANTE: (Esta vez de don Gastón Aparte
he de ser esposa.)

*Vase doña VIOLANTE y al irse el DUQUE,
vuelve a salir TAMAYO, y cógele el DUQUE en el cofre, con
los pies de fuera*

TAMAYO: ¿Fuese?

ARMESINDA: Sí, tal.

TAMAYO: Mas si acá volviese

DUQUE: Ansí Armesinda, razón
será... ¿Qué es aquesto? Espera.

TAMAYO: Cogióme vivo ¡por Dios!

DUQUE: ¿Qué hacéis aquí? ¿Quién sois vos?

TAMAYO: Un lacayo en su vasera.
(El diablo mi suerte ordena.) Aparte

DUQUE: ¿Quién sois?

TAMAYO: (Ya no vivo más.) Aparte
Yo, señor, soy un Jonás,
y este cofre es mi ballena.

ARMESINDA: Criado es de don Manrique,
que, con aquesta invención,
entró agora en mi prisión
para que me certifique
de que su señor no es muerto.

TAMAYO: Un Lázaro al natural
soy, que huelo como el mal
sepultado; mas, si es cierto
que don Manrique ha de ser
yerno tuyo, perdón pido.

DUQUE: Grande atrevimiento ha sido;
aunque me ha obligado el ver
vuestra lealtad.

TAMAYO: Yo me obligo
de traerte a mi señor
luego aquí, si tu rigor

usa clernencia conmigo.

Diréle que vivo está
el de Fox, y que es su esposa
mi señora y tu hija hermosa.

DUQUE: Venid, pues; que importará,
para que se certifique,
que le desengañéis vos.

TAMAYO: Tumba de mi muerte adiós

ARMESINDA: Amor, venció don Manrique.

Vanse todos. Salen don GASTÓN y RENATO

RENATO: Fox, famoso don Gastón,
a don Manrique de Lara
reconoce.

GASTÓN: ¡Ah, suerte avara!

RENATO: Mandóle el Rey de Aragón
que con sus armas y gente
por fuerza la conquistase,
y que con él se quedase,
y venciendo fácilmente
a don Guillén, de Tolosa
la posesión le ha tomado.

GASTÓN: ¡Ah, falso amigo! El estado
me quitaste con la esposa.

El cielo te dé un castigo
que a quien te conoce asombre.
pero bástate el de nombre
de falso y traidor amigo

Renato, yo me resuelvo
de ira Fox, porque el amor
que, como a propio señor
me tienen todos, si vuelvo
me dará su posesión

RENATO: Temeridad es aquesa.

De la gente aragonesa
tiene puesta guarnición
el rey, y el tener por cierto
que no vives, causa ha sido

de no haberte perseguido.

GASTÓN: Su enojo y rigor advierto;
pero dicen que mandó
don Manrique que dejasen
mis armas sin que borrasen
lo que su traición borró,
y que de Fox no ha querido
llamarse conde; y mi muerte
fingió sentir de tal suerte,
que pienso que fue fingido
que va a asolar a Narbona
en mi venganza.

RENATO: Con eso
querrá encubrir el exceso,
que su deslealtad pregona,
en que después no no le culpe
el mundo.

GASTÓN: Tú dices bien;
aunque la fama también
su falsa amistad esculpe
en el bronce de su afrenta,
que nunca se ha de borrar.

RENATO: Tu muerte ha de procurar,
sin duda; porque si intenta
ser esposo de tu dama
y conde de Fox, ¿quién duda
que se asegure y acuda
a desmentir a la fama
que en viviendo tú, ha de ser
su infamia?

GASTÓN: De aqueste modo,
si soy desdichado en todo,
¿adonde he de ir, qué he de hacer?
No puedo huir a Aragón,
porque es su rey mi enemigo;
Fox, anuncia mi castigo;
Narbona fue mi prisión.
Estoy por darme la muerte.

RENATO: Una pobre fortaleza
me dio la naturaleza,

y, aunque pequeña, harto fuerte.

Ésa te ofrezco y la vida.

GASTÓN: Aunque la mía aborrezco,
yo la admito y agradezco.
Español, mi agravio pida
al cielo venganza tanta,
que de esta injuria te acuerdes.
La vida pierdas, pues pierdes
la ley inviolable y santa
de la verdad pura y clara,
aunque en la necesidad
dicen que trae la amistad
a las espaldas la cara.

*Vanse don GASTÓN y RENATO. Salen doña VIOLANTE
y don MANRIQUE de luto en cuerpo, y soldados con ellos*

MANRIQUE: Nunca olvida los agravios
la ley de la cortesía
entre los nobles y sabios;
ni la merced de este día
es bien que solos los labios
la agradezcan, que el venir
a honrar vos el campo nuestro,
basta, señora, a impedir
aqueste rigor que os nuestro.
Hoy no se ha de combatir,
aunque muerto don Gastón,
y corriendo por mi cuenta
su injusticia, inútil son
conciertos, si el Duque intenta
el darme satisfacción

VIOLANTE: Conde, ni está la ciudad
tan sola de armas y gente,
que miedo Ó necesidad
la obliguen; ni hay quien intente
en ella que la amistad
rompáis, que con don Gastón
tuvísteis. Sólo he venido

a desmentir la opinión
que de su muerte ha tenido
Narbona, Fox y Aragón.

Si aqueste luto es señal
del honrado sentimiento
de un amigo tan leal,
trocadle hoy por el contento,
a vuestra tristeza igual.

Don Gastón vive, que a ser
muerto, no tuviera vida
yo, pues aguardando ver
una paga agradecida,
soy amante, aunque mujer.

Mi padre mandó matalle;
pero por mi industria huyó,
y el alcaide por libralle,
la muerte a otro preso dio
de su mesmo cuerpo y talle.

Dióme palabra de ser
mi esposo por tal favor;
con que pudo entretener
mis esperanzas, y amor
y vos la experiencia hacer
de esta verdad.

MANRIQUE: Será poco,
si vive, que mi contento
me fuerce a volverme loco;
pero duda el pensamiento.

VIOLANTE: Si a creerme no os provoco,
 dad, vos, traza para hacer
 como os pueda asegurar.

MANRIQUE: Sois, aunque ilustre, mujer;
 y es de cuerdos el dudar,
 si es de nobles el creer.

Sale TAMAYO

TAMAYO: ¿Qué es de mi señor? El luto
 deja, con que cubrir pueda

la tumba del cofre astuto:
ponte galas de oro y seda,
y paga al placer tributo.

Don Gastón resucitó,
como yo resucité
del cofre en que me metió
tu amor. Todo aquesto sé
de Renato, que llegó
a Narbona, y de su vida
ha dado cuenta a Aymerico.

MANRIQUE: No hay quien mi contento impida,
si eso es cierto. Ya publico
la paz que mi guerra olvida.

Hermosa doña Violante,
¡que está vivo don Gastón!
¡que es tu esposo! ¡que es tu amante!

VIOLANTE: Y por el rey de Aragón
lo serás de aquí adelante
de Armesinda a quien te ofrece,
juntamente con la paz
mi padre.

MANRIQUE: Mi dicha crece.
Amor ciego, hazme capaz
de tal bien.

TAMAYO: ¿Qué te parece
de aqueste lacayo?

MANRIQUE: Toque
otra vez templado el parche,
porque el pesar se revoque,
y a Narbona el campo marche.

TAMAYO: Ya no temo rey ni roque.

MANRIQUE: Den a los vientos librea
los alegres estandartes,
porque el sol mis dichas vea,
y entapicen por mil partes
el aire que los desea;
que mañana haré testigo
al mundo de cuán dichoso
soy, pues a Armesinda obligo
que me admita por su esposo

sin ofensa de mi amigo.

Y vos, que sois el valor
de Francia y restauradora
de don Gastón y mi amor,
triunfad en Narbona agora
de este campo vencedor.

VIOLANTE: Sólo serviros procuro.

(Si aquesto adelante pasa, Aparte
por mentir, mi amor perjuro
y con mi hermana se casa
mis deseos aseguro,
pues don Gastón pagará
la vida que le ofrecí.)

TAMAYO: Ese luto servirá
de ornamento para mí,
porque soy de *requiem* ya
desde el entierro primero

MANRIQUE: Vamos que vivo después
a mi amigo ver espero,
pues la media vida es
un amigo verdadero.

TAMAYO: Hoy me ha dado San Onofre
la vida que había perdido,
porque no hiciera Godofre
tal hazaña.

MANRIQUE: ¿Cómo?

TAMAYO: He sido
patriarca o patricofre.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

*Sale don GASTÓN en hábito de
peregrino*

GASTÓN: Cuando de la inclemencia
que el cielo usa conmigo,
no sacara mi pena otro provecho
más que hacer experiencia
de un falso y doble amigo,
quedara, en mis desdichas, satisfecho.
Mis males prueba han hecho,
en sus adversidades,
de un vidrio que inconstante,
compraron por diamante,
pues son la piedra toque de amistades;
y fuera cosa nueva
hallar amigo en el trabajo a prueba.

 Sigue al cuerpo la sombra
cuando el sol está claro,
mas huye si la nube se le opone.
¡Qué bien Ovidio nombra
sombra al amigo avaro,
que en sólo el interés su amistad pone!
Pues por más que propone
seguir su adversa suerte,
si falta la ventura
huye en la noche oscura,
que no hay palabra en la desdicha o muerte,
y fuera cosa nueva
hallar amigo en el trabajo a prueba.

 Vidrio fue don Manrique,
por más que le celebra
España, y sombra cuando yo sol era.
¿Qué mucho que publique
ser vidrio que se quiebra,
y huya cual sombra en la ocasión primera?
A Fox gozar espera;
y sin que le avergüence
su amistad, a mi dama,
esposa y dueño llama;

que el interés las amistades vence,
y fuera cosa nueva
hallar amigo en el trabajo a prueba.

Huyendo voy a España,
pues de mi propia tierra
un falso amigo a desterrarme vino.
Sólo Amor me acompaña,
que por hacerme guerra,
ni le vence el ausencia ni el camino.
Cual pobre peregrino,
ando a buscar un hombre
que convenga conmigo,
y siendo firme amigo,
las obras correspondan con el nombre;
mas sera cosa nueva
hallar amigo en el trabajo a prueba.

Salen TAMAYO y dos CRIADOS, de camino

TAMAYO: Yo me adelanto a prevenir la cena
y la posada, mientras don Manrique,
entre las sombras de estas alamedas,
pasa la siesta que hace calurosa;
que entramos ya en España, y las posadas
son tan malas en ellas, que no haciendo
aquesta diligencia, no hallaremos
qué cenar, y me envida el hambre el resto.

CRIADO 1: A Zaragoza llegaremos presto.

TAMAYO: En aplacando el sol su furia un poco,
avisen a mi amo, si durmiere,
y díganle que voy a apercebirle
sábanas limpias.

CRIADO 2: ¡Plegue a Dios las halles!

TAMAYO: Sí no están limpias, estarán al menos
rociadas y dobladas, que es costumbre
de España durar limpias unas sábanas,
sirviendo cada noche de esta suerte,
seis meses sin lavarse.

CRIADO 1: ¡Ay, hosterías

de Italia y Francia!

TAMAYO: ¡Ay, carne y pan de España,
y vino de mi santo, cama blanda,
adonde duermo como en seis colchones!
¿Qué cama puede haber en un camino
como una bota de oloroso vino?

CRIADO 1: Si te has de adelantar, ¿qué aguardas?

TAMAYO: Nada;
pico el frisón y parto como un rayo.

Vase TAMAYO

CRIADO 2: ¿Mas qué te hallamos como ayer; Tamayo?

Sale don GASTÓN

GASTÓN: Tamayo oí decir, y don Manrique.
¡Válgame Dios! Si dicen que en Narbona
con Armesinda había de casarse,
¿qué puede ser la causa de que agora
a Francia deje, y, a Aragón camine?
Saberlo quiero. ¡Ay, rigurosos cielos,
si se acabasen mi temor y celos!

CRIADO 1: Sed tengo, y el calor hace excesivo.

CRIADO 2: Si tienes sed, aquí corre un arroyo,
riéndose de ver que no la mates.

CRIADO 1: ¿Yo agua? ¿Yo en mi tripa sabandijas?
¡Maldiga Dios quien casa de aposento
le diere en ellas. Oye, un peregrino
me ha deparado Dios. *Monsiur*, si acaso
la hermana calabaza sufre ancas,
¿quiero dejarme darla un par de soplos,
y probando si es bueno su zumaque,
pues va a San Jaque, le daremos jaque?

GASTÓN: Holgárame de estar tan prevenido,
que trujera con qué refrigeraros;
pero voy tan ajeno de mi gusto,
que no me acuerdo de estas prevenciones.

CRIADO 1: ¡Maldiga el cielo, amén, a peregrino
que puede andar sin el bordón del vino.

CRIADO 2: ¿Vais o venís de España?

GASTÓN: A Monserrate
voy y a San Jaque, y pienso que os he oído
decir que va a Aragón desde Navarra
don Manrique de Lara.

CRIADO 2: ¿Conocéisle?

GASTÓN: Tengo noticia de él

CRIADO 1: A Zaragoza
vamos con él, adonde el rey intenta
ser su padrino, y celebrar las bodas
de la hermosa Armesinda; que a esta causa
habrá dos días que su padre, el duque,
partió con ella para Zaragoza,
y con doña Violante, hermana suya,
porque el rey de Castilla, Alfonso Octavo,
con el Rey de Aragón y el de Navarra
quiere verse en Monzón, y todos juntos
hacer guerra a los moros andaluces.
Han convidado al duque de Narbona
a esta guerra; y así para más honra
quiere casar su hija en su presencia,
echando el sello a sus venturas todas,
pues se han de hallar tres reyes a sus bodas.

GASTÓN: (¡Ah, cielo riguroso!) Aparte
¿Y por qué causa

don Manrique no va en su compañía?

CRIADO 2: Porque pensó partir a Fox primero
que a Aragón; mas después le ha parecido
que queda bien seguro; que quien ama,
siglos eternos los instantes llama.

GASTÓN: ¿Podría yo hablar?

CRIADO 2: En despertando,
¿por qué no? Bien podéis mientras enfrenan
los caballos que agora están paciendo.
Pero ya ha despertado, e imagino
que querrá caminar, aunque la siesta
el rigor de su fuego multiplica
más donde pica Amor, el sol no pica.

GASTÓN: (¡Buena ocasión se ofrece de vengarme! Aparte
Agravio, yo os haré agora testigo
de que sé castigar mi falso amigo.

Sale don MANRIQUE

MANRIQUE: ¿No es hora ya de caminar, hermanos?
Enfrenad y partamos.

CRIADO 1: Es temprano,
y el calor es terrible.

MANRIQUE: Ya lo veo,
mas, ¿quién tendrá las riendas al deseo?
¡Ah, cielos! ¡Quién supiera de mi amigo!
Que el no saber a donde está, deshace
en parte el gusto de mi alegre boda.
¡Depáramele, Amor! Será cumplida
mi dicha, que sin él está partida.
¿No vais por los caballos?

CRIADO 2: Vamos. ¡Hola!

CRIADO 1: Aqueste peregrino quiere hablarte.

MANRIQUE: Querrá alguna limosna. Enfrena, parte.

*Vanse los CRIADOS. Don MANRIQUE habla a don
GASTÓN que llega encubriéndose*

MANRIQUE: ¿Sois francés?

GASTÓN: No tengo tierra.

MANRIQUE: ¿Cómo no?

GASTÓN: La que tenía
días ha ya que no es mía.

MANRIQUE: ¿Por qué?

GASTÓN: Porque me destierra
un falso amigo hecho al temple
aunque al olio pareció
que una borrasca borró
y obliga a que se destemple
la pintura, que entendí
fuera eterna; mas no dura

la amistad ni la pintura
en el trabajo.

MANRIQUE: Es ansi.

¿De dónde sois?

GASTÓN: Tal estoy

por un tirano interés,
que no sé si soy francés
aunque dicen que lo soy.

MANRIQUE: ¿Cómo?

GASTÓN: Vuelvo a dudar luego;

porque mudó el tiempo vano
un amigo castellano,
que ya en la lealtad es griego.

MANRIQUE: Alto: vos no os declaráis.

Tomad, y adiós, que ya es tarde.

Dale limosna, y mira mucho don GASTÓN lo que le ha dado

GASTÓN: De quien sois hacéis alarde.

MANRIQUE: Un doblón es; ¿qué miráis?

GASTÓN: Miro, aunque me maravillo

el doblón que me habéis dado.

¡Doble el dueño y él, doblado!

Más os quisiera sencillo,

y no salieran tan claras

mis desdichas; mas ya son

del modo que vos, doblón,

los amigos de dos caras.

En despreciaros me fundo

hasta que ya el tiempo os borre,

que sois falso, y ya no corre

otra moneda en el mundo.

MANRIQUE: ¿Falso ése?

GASTÓN: El dueño me induce

a que le pierda el decoro,

que aunque reluce, no es oro

todo aquello que reluce.

Amigos hay de apariencia

de oro, que en viendo pobre

al amigo son de cobre.
Ya yo he visto la experiencia.
Ya no hay Eneas, ni Acates,
porque el engaño alquimista,
cadenas hace a la vista
de oro de mil quilates,
pero son hierro; y no yerro,
que ya la amistad más buena
se dura como cadena
con ser amistad de hierro.

MANRIQUE: (O habla aqúeste conmigo Aparte
o está loco.)

Conócele

¡Don Gastón,
amigo del corazón!

GASTÓN: ¡Nombre me ofreces de amigo,
traidor, cuando fama cobras
de la deslealtad que labras!
De amigo son tus palabras,
y de enemigo tus obras.
Cuando usurpando mi estado,
con el de Aragón conciertas
mi muerte, por gozar ciertas
tus traiciones; cuando has dado
de esposo palabra y mano
a Armesinda, cuyo pecho,
casa de aposento ha hecho
el alma que lloro en vano;
porque tu traición traspasa
la amistad que ya atropella,
y por quedarte tú en ella,
echas al dueño de casa;
¿Cuando me vas a quitar
mi esposa, amigo me llamas?
¿No echas de ver que te infamas
cuando me vienes a dar
ese nombre, pues con él

pierdes de amigo el decoro?
Mas quieres parecer de oro,
y no eres más que oropel.

La media vida te di
el día que a tu amistad
te admitió mí voluntad,
y ésa he de quitarte aquí;
aunque por haber estado
con otra media que es tuya,
es razón que de ella huya,
porque se le habrá pegado
la peste de la traición
que tu esperanza hace ufana;
y como está la mía sana,
huye de tu contagión.

Mas, por lo que a España debo,
cuyos nobles naturales,
por amigos y leales
los aventajo y apruebo;
por lo que a mi amor obliga,
y porque a tí te está bien,
a trueque que no te den
nombre de traidor, ni diga
el mundo en tu deshonor,
haciendo tu culpa clara,
que don Manrique de Lara
a su amigo fue traidor;
aquí con mortal castigo
sepultaré tu deshonra,
que quiero volver por tu honra,
por lo que fuistes mi amigo.

MANRIQUE: Y yo sufrir tus agravios,
porque soy tu amigo, quiero,
sin desnudar el acero
ni la lengua; que los labios
tienen su enojo con llave,
y yo no apruebo ni sigo
el amigo que a su amigo
sufrir injurias no sabe.

Y así, aunque me has injuriado

con la traición que me indicias,
yo te perdono, en albricias,
don Gastón, de haberte hallado.

¿Yo te he usurpado tu tierra?

Vé a Fox para que divises
si en vez de tu Flor de Lises
han puesto la paz o guerra
las dos calderas, que son
las armas con que honra el cielo,
desde don Diego Porcelo,
los Laras y su blasón.

¿Qué alcaldías he mudado?

¿Qué tributos he cogido?

¿Qué servicios he pedido?

¿Qué monedas he labrado?

¿Qué escritura hay que publique
lo que tu pasión afirma
adonde diga la firma
"Conde de Fox, don Manrique."

No hallarás, sino es cobrado,
tu patrimonio perdido;
el de Tolosa, vencido,
y el de Narbona, obligado
darte a doña Violante,
a quien si de esposo diste
tu palabra, cuando fuiste
libre por su amor constante,

¿qué mucho que intente ser
esposo de quien no puedes
serlo tú, sino es que quedes
por perjurio? Tu mujer

es doña Violante, y yo
tan tuyo, que la experiencia
hizo prueba en mi paciencia;
pues ni la mano sacó

la espada, haciendo testigos
mis agravios, ni han bastado
a que no te haya enseñado
cómo han de ser los amigos.

GASTÓN: Si todos como tú son,

¡maldiga Dios la amistad!
¿Probarás tu lealtad
con el rey, que en Aragón
te dio sus armas y gente
para que a Fox conquistases,
y con él te levantases?

Dirás que la fama miente;
que pues dices que yo di
a doña Violante mano
de esposo, dirás que en vano
puedes persuadirme así.

Pero ni quiero creerte,
ni manchar mi noble acero
en tu sangre; sólo quiero
que vivas, pues en tu muerte,
la infamia que tu honra priva
morirá; y será mejor
dejarte vivo, traidor,
para que tu infamia viva.

Viva, que si en tí vivió
de mi vida la mitad,
que tu rompida amistad
tan presto del alma echó,
hoy darte vida he querido,
aunque el enojo me abrasa,
por no derribar la casa
que por huésped me ha tenido.

MANRIQUE: Pues ¡vive Dios que esta vez,
aunque tu furia me ofenda,
no ha de romperse la rienda
de mi paciencia, y que juez
tienes de ser y testigo
de mi amistad; y aunque tuerza
hoy mi inclinación, por fuerza
has de ver que soy tu amigo.
¡Hola!

Salen los dos CRIADOS

pues que vive por vos, y don Manrique,
ejemplo de amistad, único y raro,
a Fox le entregue, y Aragón publique
que está en mi protección y real amparo;
pues cuando de la paz se certifique,
volviendo a ver el sol otra vez claro,
de sus trabajos y prisión pasada,
vendrá a cumplir la palabra dada.

VIOLANTE: Beso tus pies.

REY: Ya viene el de Castilla
a ver el Pilar santo, consagrado
por la Reina del Cielo, cuya silla
tiene su asiento sobre el sol dorado.
Quiere hacer guerra al moro de Sevilla,
que, soberbio, las parias le ha negado,
y que Navarra y Aragón acuda
para tan santa empresa a darle ayuda.

En pago del socorro de esta guerra
le he de pedir que tornen los de Lara
a su antiguo valor.

DUQUE: El que se encierra
en vuestra alteza, ese favor declara.

REY: Si don Manrique vuelve a ver su tierra,
y en sus estados otra vez le ampara,
a instancia mía, el rey, duque Aymerico,
tendréis un yerno valeroso y rico.

DUQUE: Teniendo a vuestra Alteza por padrino,
¿qué mucho que a su patria restaurado
se vuelva don Manrique?

REY: Yo imagino
que le he de ver como merece, honrado.
Cansado vendréis, duque, del camino.
En mi palacio estáis aposentado.
Andad con Dios, y descansad, que es tarde.

DUQUE: Mil años, gran señor, el cielo os guarde.

*Vanse el DUQUE y sus hijas. Salen don MANRIQUE y
don GASTÓN, de peregrino y quédase don
GASTÓN a un lado*

MANRIQUE: (Bien sé que ha de costarme vida o seso Aparte lo que hoy intento hacer por un amigo, y que espantando al mundo mi suceso, tiene de ser de mi valor testigo; mas piérdase la vida, pues profeso la amistad, cuyas leyes guardo y sigo, que aunque la vida es mucho, estimo en poco quedar por un amigo, muerto o loco.)

REY: ¿Qué es esto, don Manrique? ¿En Zaragoza vos, y tan triste, la color perdida? Cuando Armesinda vuestra dicha goza, tan amada por vos y pretendida; cuando aguardaba de la gente moza la nobleza alegrar vuestra venida, con señales de fiesta y de contento, ¿tan triste, vos? Decidme el fundamento.

MANRIQUE: Dame los pies, gran señor, y no te admire el suceso de la novedad que ves y tristeza con que vengo; que una determinación despachada en el consejo de amistad y sentenciada en mi daño y mi provecho, me trae a tus pies confuso.

REY: Levantáos, conde, del suelo, y sin hablar por enigmas, saciarnos, que estoy suspenso.

MANRIQUE: Ya sabes, Rey poderoso, lo que al conde de Fox debo y la amistad que con él tantos años ha profeso.

REY: Ya sé que Francia y España os celebra por ejemplo de la amistad inviolable, que en vos ha hallado su centro. Si porque el de Fox está sin estado y en destierro

por mi causa, don Manrique,
hacéis aquesos extremos,
ya yo, olvidados enojos,
por vuestra ocasión, le he vuelto
a mi gracia y amistad,
y que goce otra vez quiero
a Fox y a doña Violante,
a quien, cuando estuvo preso,
dicen que dio fe y palabra
de esposo...

MANRIQUE: ¡Pluguiera al cielo!

También sabes el amor
que a Armesinda bella tengo,
desde que vi su hermosura
en Narbona.

REY: Sí; ¿a qué efecto
me hacéis tantas prevenciones,
pues ella y su padre mesmo
han venido a celebrar
vuestro alegre casamiento?

MANRIQUE: Gran señor, mi amigo el conde
ha seis años que en deseos
a su hermosura dedica
el alma y los pensamientos.
Yo le prometí casarle
con ella, y en el torneo
maté al conde de Tolosa
causa de tantos sucesos.
Y aunque, cuando vi a Armesinda,
Amor encendió mi pecho
llamas que no han apagado
valor, ausencia, ni el tiempo,
ha resistido su furia
la amistad, a cuyo espejo
me miro para enmendar
en su cristal mis defectos.
Aquesto obligó mi amor
a padecer un infierno
de penas, sin esperanza
de alivio ni de remedio,

hasta que doña Violante,
por dar fin a sus deseos,
sospechas a mi amistad
y a don Gastón juntos celos,
me engañó con persuadirme
que el noble agradecimiento
del conde, libre por ella,
le obligó con juramento
a ser su esposa. Creílo;
y advirtiera, a ser discreto,
que la mujer y el engaño
caudal a la parte han puesto.
Entré en Narbona de paz;
y quedando satisfecho
de que dejaba en su fuerza
la amistad que estimo y precio,
concerté mis desposorios
en ella, por ver que en ellos
mi padrino habías de ser.
Vino el duque, y quiso el cielo,
dilatando mi llegada,
que no bastasen enredos
a poner mi fama y honra
en manos del vulgo necio.
Encontré de peregrino
a don Gastón, que creyendo
lo que en mi agravio la fama
publicaba, y no advirtiendo
mis satisfacciones, viene,
si es licito, en son de preso
para que sus ojos vean
lo que por él hacer quiero.
Invicto rey de Aragón,
cartas de Castilla tengo
en que me perdona el rey,
y levantando el destierro
a los de mi noble sangre,
promete el volverme presto
mis tierras y patrimonio,
si olvidando enojos viejos,

con don Fernán Ruiz de Castro
amistad y parentesco
contraigo, dando a su hija
palabra de esposo y dueño.
Esto está bien a mi honra,
a lo que a don Gastón debo,
a mis parientes y amigos,
aunque ideal a mi deseo.
Si el amor que me has mostrado
con tan magnífico pecho;
las leyes de la amistad
y el remedio de mis deudos
te obligan, así a tus plantas
se postren los viles cuellos
de sarracenos alarbes,
tu nombre reconociendo,
que a Aymerico persuadan
mi intercesión y tus ruegos
a que a don Gastón admita
por hijo, que con aquesto,
desengañando a Armesinda,
mostrará el mundo en mi ejemplo
cómo han de ser los amigos,
tan raros en este tiempo.

REY: Conde, cuando el rey Alfonso
no me cumpliera el deseo
que de veros con quietud
ha tantos años que tengo;
el valor que habéis mostrado
y amistad digna de templos
y altares, donde eternice
la fama el renombre vuestro,
me obliga a hacer vuestro gusto.
Al rey de Castilla espero
aquí. Podéis aguardarle.

MANRIQUE: Prospere tu vida el cielo.

REY: ¿Adónde está don Gastón?

GASTÓN: A tus pies, señor, pidiendo
que en tu gracia me recibas.

REY: Levantáos, conde, del suelo,

y alabáos de haber hallado
un amigo verdadero,
en la adversidad constante,
que es milagro en este tiempo.
Vamos, conde don Manrique,
y hallaréis al Duque viejo
y Armesinda.

MANRIQUE: Gran señor,
tengo amor, y temor tengo
que he de perder el juicio
si el tesoro hermoso veo,
de quien siendo dueño propio,
ha de gozar otro dueño.
Lágrimas ablandan mucho,
y al vaso más firme y recio
que resistió golpes grandes,
suele romper un pequeño.
Pasarme quiero a Castilla,
que imagino que no es cuerdo,
siendo vidrio la amistad
quien osa ponella a riesgo.

REY: ¿Pues no queréis aguardar
al Rey?

MANRIQUE: Saldré al encuentro;
y pediré licencia
para volver a sus reinos.
Adiós, amigo del alma

GASTÓN: Yo, don Manrique, me precio
también, como vos, de amigo,
y si el casamiento acepto
de Armesinda, aunque la adoro,
es más por veros resuelto
de casaros en Castilla,
que por cumplir mis deseos;
que de otra suerte, bien sabe
el amor grande que os tengo,
que a trueco de vuestro gusto
me será gloria el tormento.

MANRIQUE: Conde, esposo de Armesinda
habéis de ser. Yo lo quiero,

y estáis obligado a darme
gusto en todo.

GASTÓN: Yo lo acepto.

MANRIQUE: Dadme, gran señor, licencia

REY: A poner voy en efecto
lo que os tengo prometido,
y a publicar el extremo
de vuestra firme amistad,
porque sepa el siglo nuestro
cómo han de ser los amigos.

MANRIQUE: Tus invictas plantas beso.

Vanse todos, quedando don MANRIQUE solo

MANRIQUE: Solos habemos quedado.

¿Qué habéis hecho, pensamiento?
¿Qué habéis hecho, amistad ciega?
Alma loca ¿qué habéis hecho?
Por dar la vida a un amigo,
¿es bien haberme a mi muerto?
¡Jesús! ¡qué extraña locura!
Sin Armesinda ¿qué espero?
¿Dónde he de ir, que el rey Alfonso
ni me perdona, ni el cielo
quiere que a mi estado torne?
Todo fue fingido enredo
por casar a don Gastón
con Armesinda. ¡Ay, tormento!
Acabadme de matar.
Necio he sido; sí. ¿No es necio
quien da el alma? A lo que obliga
un amigo verdadero
es a dar la hacienda, el gusto,
la libertad y el sosiego;
¿pero, el alma? aqueso no.
Si era el alma de este cuerpo,
Armesinda, ya la he dado.
Sin vida estoy; ¡bueno quedo!
Loco estoy sin Armesinda;

pero, no es mejor que el seso
pierda un hombre que la fama?
Claro está. Loco soy cuerdo.
Más vale que muera yo;
mas, ¡ay rigurosos cielos!
que vivo para morir
de amor, de rabia y de celos.

Sale TAMAYO

TAMAYO: (¡Bravo lugar es aqueste! Aparte
Espantado de ver vengo
la soberbia de sus calles,
la riqueza de sus templos.
Mas mi señor está aquí.
¿Qué diablos tiene? Suspenso
se pasea, y suspirando,
la vista enclava en el suelo.)
¿Has merendado cazuela
para dar tantos paseos,
o hay moscones en la cola?

MANRIQUE: Sin Armesinda, hay desvelos.

TAMAYO: ¡Oigan! Pasear y darle.
¿Qué es aquesto, qué tenemos?

MANRIQUE: Por mi culpa, por mi culpa.

TAMAYO: "Y por tanto, pido y ruego
a Dios y a Santa María,
a San Miguel y a San Pedro..."

MANRIQUE: ¿Qué dices?

TAMAYO: La confesión,
por ayudarte.

MANRIQUE: Confieso
que estoy loco.

TAMAYO: Yo, también.
¡Ay, celemines! ¿Qué es esto?
Respondedme.

MANRIQUE: ¿Qué respuesta
te tiene de dar un muerto?

TAMAYO: ¿Tú estás muerto?

MANRIQUE: Sí.

TAMAYO: ¿Y con habla?

MANRIQUE: No hablo yo.

TAMAYO: ¿Pues?

MANRIQUE: Mi tormento.

TAMAYO: Ya filosofisticamos.
¡Trabajo tiene el cerebro!

MANRIQUE: Ven acá. Cuando da el alma
un hombre ¿no queda muerto?

TAMAYO: Así lo dijo un albéitar,
tomando el pulso a un jumento.

MANRIQUE: ¿Un amante no da el alma
a su dama?

TAMAYO: Ese argumento
traen siempre los boquirubios,
pero no los boquinegros;
porque, ¿cómo puede estar
sin alma un hombre?

MANRIQUE: Eres necio
porque el alma de su dama
se pasa luego a su cuerpo

TAMAYO: ¿Pues es casa de alquiler?

MANRIQUE: ¡Oyete, loco!

TAMAYO: Hable, cuerdo.

MANRIQUE: Pues si el alma de Armesinda
vivía dentro en mi pecho,
y a don Gastón se la he dado,
muerto estoy.

TAMAYO: El tema es bueno.

MANRIQUE: Digo que no tengo vida.

TAMAYO: Mas que no la tengas. ¡Quedo!

MANRIQUE: Entiérrame.

TAMAYO: Vuelve en tí,
por amor de Dios.

MANRIQUE: ¡Oh, ejemplo
de ingratos! ¿la sepultura
me niegas?

TAMAYO: Yo no la niego,
sino reniego, señor.
¿Qué has comido? ¿Si los berros

de anoche te hicieron mal?

MANRIQUE: Entiérrame.

TAMAYO: Ya te entierro.

(Quiero seguille el humor.)

¿No te has de echar en el suelo?

MANRIQUE: ¿Qué más echado me quieres,

si a mal mis venturas echo?

TAMAYO: El primer difunto en pie

eres que vio el siglo nuestro.

Ahora bien; ya entran en casa

tus parientes y tus deudos,

todos cubiertos de luto.

MANRIQUE: Válgame Dios! ¡Que honre a un necio,

muerto por sola su culpa,

tanta multitud de cuerdos!

Mas sí; que la necedad

es la honrada en estos tiempos,

y muertos, todos son unos

los necios y los discretos.

TAMAYO: Los niños de la doctrina

vienen. Ya entran acá dentro.

¡Oh, qué de sarna que traen!

MANRIQUE: ¿De la doctrina son éstos?

TAMAYO: ¿No lo ves?

MANRIQUE: Por dar doctrina

a los amigos, me quedo

cual niño de la doctrina,

amigo Tamayo, huérfano.

TAMAYO: Las Órdenes Mendicantes

vienen.

MANRIQUE: No entren acá dentro.

TAMAYO: Aguarden, Padres.

MANRIQUE: ¿Qué orden

tendrán ya mis desconciertos?

TAMAYO: Aquesta es la Cofradía

de la Soledad.

MANRIQUE: Discreto

fuiste en traerla, pues solo,

sin Armesinda, padezco.

TAMAYO: Aquésta es de la Pasión.

MANRIQUE: Será la de mis tormentos.
TAMAYO: Estotra es de los Dolores.
MANRIQUE: Terribles son los que siento.
TAMAYO: La Caridad, que a los pobres
entierra.
MANRIQUE: Bien lo merezco
que, por dar, pobre he quedado,
que me compares con ellos.
Mas oye, ¿no hay Cofradía
de la Amistad?
TAMAYO: En el cielo;
que aquí hay muy pocos cofrades,
y éstos son al uso nuevo.
MANRIQUE: ¿Pues no soy cofrade yo?
TAMAYO: Y aun mayordomo de necios,
pues, estando vivo, cumples
las mandas del testamento.
¡Ea! Si te has de enterrar,
y estás difunto, no hablemos.
Los pobres son de las hachas.
MANRIQUE: ¿Cuáles son los pobres?
TAMAYO: Salíos al zaguán, hermanos.
¡Ea! salid; acabemos;
que es muy estrecha esta sala,
y no huele bien el cuerpo.
Los clérigos vienen ya
de la parroquia. ¿daremos
las velas?
MANRIQUE: Bien puedes darles
las velas de mis desvelos.
TAMAYO: Tome cada cual la suya,
desde el cura hasta el perrero
No toméis dos, monacillo.
¿Escondéislas? Ya lo veo.
¡Ea! que el responso cantan.
¿Quieres que sea el *Memento*,
o el *Peccatem me quotidie*,
responso de majaderos?
MANRIQUE: Si el *Memento* es acordarse,
y peno cuando me acuerdo

la hermosura que perdí,
canta olvidos, que eso quiero.

TAMAYO: ¡Va!

Canta

"Peccatem me quotidie."

¿Quién me ha metido en aquesto?

Pero, ¿qué tengo de hacer?

MANRIQUE: Canta.

TAMAYO: Ya va. *"Quia in inferno..."*

Tamayo, ¿tú sacristán?

MANRIQUE: ¿No cantan?

TAMAYO: *"Nulla est redemptio."*

MANRIQUE: Tienes razón, que no tienen

ya mis desdichas remedio.

¡Ay, Armesinda del alma!

¿qué he de hacer sin ti?

TAMAYO: ¡Silencio!

¡Que no ha de hablar un difunto!

¡Cuerpo de Dios, vaya el cuerpo!

Ya doblan en la parroquia.

¿No escuchas el son funesto?

Oye, *"din, dan, din, don, dron."*

MANRIQUE: Todo eso puede el dinero.

TAMAYO: Ya cantan la letanía.

"Sancte Petre, ora pro eo;

kyrie eleison; Christi eleison;

kyrie eleison."

MANRIQUE: ¡Ay, confusos devaneos!,

dejadme ir a morir, pues que ya dejo

de mi firme amistad al mundo ejemplo.

Vase don MANRIQUE

TAMAYO: Él se ha ido, y me ha dejado

con el gasto del entierro.

Voy a buscarle. ¡Ay, Amor!

Hijo, al fin, de un dios herrero,
todo lo yerras, como él.
Ir tras de don Manrique quiero,
y dar cuenta a don Gastón
del peligro en que le ha puesto.
El que quisiere enterrarse,
yo soy el sepulturero.
Vengan, que chico con grande,
enterraré a real y medio.

*Vase TAMAYO. Salen el REY de Aragón y el
DUQUE*

REY: Duque, aquesto os importa, y yo os lo ruego.

El condado de Fox casi confina
con el ducado vuestro de Narbona.
No hay quien en Francia aventajaros pueda,
si de estos dos estados hacéis uno.
Cumpliendo aquesto, quedaré obligado,
contento el conde, y vos, rico y honrado.

DUQUE: Señor, si don Manrique vuelve a España,
y por casarse en ella el rey le vuelve
a su primer estado, no me espanto,
que aquesto y la amistad que debe al conde
le obligue a que el amor suyo reprima
por el valor, que como noble estima.
Engañóme Violante, y no me espanto,
amando al conde, porque don Manrique
quitase los estorbos a sus celos,
que me hiciese entender haberle dado
palabra don Gastón de ser su esposo;
que Amor, con ser rapaz, es cauteloso.
Yo le acepto por hijo, que a Armesinda
y a mí nos está bien; pues cuando el conde
no fuera tan ilustre, cuerdo y rico,
basta venir señor, por orden vuestra.

REY: De vuestra discreción dais, duque, muestra.
Llamen a don Gastón.

DUQUE: Sólo recelo

la pena y resistencia de Armesinda,
porque después que estos sucesos sabe,
hace extremos de loca.

REY: Es obediente,
y forzará el ver que yo intercedo
por el de Fox y que quedo obligado.

*Sale don GASTÓN, de galán, y un
CRIADO después*

GASTÓN: Dame, señor, aqueos pies.

REY: Los brazos dad,
conde, al duque, de quien ya sois yerno.

GASTÓN: ¡Vivas, famoso rey, un siglo eterno;
y vos, duque y señor, con la corona
de Francia honréis la vuestra de Narbona.

DUQUE: Por lo bien que os está, lo deseara,
pues siendo mi heredero de importancia
os fuera agora el verme rey de Francia.

CRIADO: El rey Alfonso, octavo de Castilla,
encubierto ha venido a Zaragoza,
y ya a las puertas de palacio llega.

REY: ¡Válgame el cielo! a recibirle vamos.
Duque, venid. Conde, venid, pariente.

DUQUE: Ya te seguimos.

GASTÓN: Cierta es ya mi gloria,
pues ha salido mor con la victoria.

*Vanse todos. Salen doña VIOLANTE y
doña ARMESINDA*

ARMESINDA: Violante, mi muerte es cierta.

¡Ay, español enemigo!
¡Sola la ley de un amigo
es bien que tu amor divierta!
A poder cerrar la puerta
mi amorosa voluntad
a tu injusta liviandad,

dejarte fuera mejor,
pues no ama el que su amor
no antepone a su amistad.

Ordena Naturaleza
que de su patria se aleje
el hombre, y sus padres deje
por la conyugal belleza;
¿y oblígate tu nobleza
por un amigo a quebrar
aquesta ley? Por amar
bien pudieras ser traidor,
que los yerros por amor
dignos son de perdonar.

¿Qué he de hacer, Violante mía?

VIOLANTE: Dar consuelo a mis cuidados,
si pueden dos desdichados
hacerse así compañía.
El rey te casa este día
con don Gastón, y los cielos,
para darme más desvelos.
mi industria desbaratada,
te dan muerte, mal casada,
y a mí, de amor y de celos.

¿Que has de ser de don Gastón?

¿Que tu gusto has de rendir,
a mi pesar?

ARMESINDA: Por morir
he de admitir su afición.
Mi padre y el de Aragón
lo mandan. Soy desdichada,
y ansí la muerte me agrada,
aunque sea de esta suerte,
que no hay tan áspera muerte
como vivir mal casada.

Sale ROSELA

ROSELA: Los reyes, señora, vienen
de Castilla y Aragón,

con el Duque y don Gastón.

ARMESINDA: Ya mis obsequias previenen.

VIOLANTE: ¡Qué mala salida tienen
mis deseos, y la hazaña
que mi amorosa maraña
intentó!

ARMESINDA: ¡Ay, fiero Manrique!
mi agravio España publique,
porque te aborrezca España.

*Salen el rey de CASTILLA, el REY de Aragón,
don GASTÓN, el DUQUE y acompañamiento*

CASTILLA: Por esto vine encubierto.

REY: Prudencia notable ha sido,
pues a no venir así,
aunque nos prestara Egipto
sus pirámides famosas;
grana y mármol, Paro y Tiro;
Grecia sus arcos triunfales,
y Roma sus obeliscos,
cualquiera recibimiento,
por más suntuoso y rico,
fuera de poco valor
para el que hemos conocido
en vuestra alteza.

CASTILLA: Ya sé
que me ha de dejar vencido
vuestra alteza en cortesía
como en todo. Yo he venido
a ver aquesta ciudad,
cuyos nobles edificios,
hermosura de sus calles,
riqueza de sus vecinos,
valor de sus caballeros,
claro cielo y bello sitio,
se aventaja al nombre y fama
que sus grandezas ha escrito.
La capilla he visitado,

y en ella el Pilar divino
que a la cristiandad de España
dió milagroso principio.

¡Gran reliquia

DUQUE: ¡Milagrosa!

CASTILLA: Yo os confieso que la envidio,
y que a gozarla en Castilla
viviera alegre, Aymerico.

VIOLANTE: Denos los pies vuestra alteza,

DUQUE: Mis hijas son, rey invicto,
y tus esclavas.

CASTILLA: Mejor

diréis ángeles divinos.

Alzad, señoras, del suelo,

que yo por cielo le estimo,

pues con tal belleza quedan

hechos sus Campos Elíseos.

¿De cuál de estas dos bellezas

ha de ser el de Fox digno

de llamarse esposo y dueño,

porque he de ser yo el padrino?

GASTÓN: Beso tus pies. Mi ventura

y la lealtad de un amigo,

tu vasallo, que a ser Dário,

vieras, señor, un Zopiro,

premia mi amor con hacerme

merecedor del sol mismo,

que a los ojos de Armesinda

dio sus rayos cristalinos.

VIOLANTE: (¡Ay de mi, que tal escucho!) Aparte

REY: Vuestra alteza ha merecido

el vasallo más leal

que vio el mundo a su servicio.

CASTILLA: ¿Cómo?

REY: ¿No ha alzado el destierro

y estados restituído

a don Manrique de Lara,

como a los bandos antiguos

de los Manriques y Castros?

Ponga fin, y siendo amigos,

se case con una hija
del conde de Castro.

CASTILLA: Digo,
que aunque siempre he deseado
ese suceso infinito,
que nunca intenté tal cosa,
aunque por ese camino
me holgara ver el valor
de los Laras reducido
a su hacienda, patria y honra.

GASTÓN: Todo esto, señor, ha sido
mayor lealtad y firmeza
de la fe de un firme amigo
y al fin, Manrique de Lara.

Sale TAMAYO

TAMAYO: Lleve el diablo los amores;
porque por sus desvaríos
ha de andar de ceca en meca
la paciencia y el jüicio.

GASTÓN: ¿Qué es esto, Tamayo? ¡Quedo!

TAMAYO: ¿Qué quedo? ¡Cuerpo de Cristo!

GASTÓN: Que está aquí el rey de Castilla.

TAMAYO: Aunque esté aquí Valdovinos.

¡Bueno has parado a mi amo!

GASTÓN: ¿Cómo?

TAMAYO: Los cascos vacíos,
busca quien vaya alquilarlos.
Con tanto extremo ha sentido
el renunciarte a Armesinda,
que, loco y desvanecido,
ha dado en decir que está
medio muerto y medio vivo.
Hame mandado enterralle;
y--¡a fe de quien soy!-- que ha habido
que ver en la pompa y honra
de su funeral oficio.
Si te contara los gastos

de lutos, hachas y cirios,
fuera una gran tiramira.
Algo ha vuelto en su sentido,
y a mi persuasión está
sosegado, aunque en suspiros
se le va el alma a pedazos.
Tú, señor, la causa has sido.

ARMESINDA: (¡Ay; cielos!, si eso es verdad, Aparte
celebren los ojos míos
las desdichas de los dos.)

CASTILLA: Notable valor de amigo.

GASTÓN: Yo también tengo de serlo,
y con la hazaña que él hizo,
aunque la vida me cueste,
he de vencerme a mí mismo
Famosos y invictos reyes,
ilustre duque Aymerico,
goce mi amigo a Armesinda,
y sepa el presente siglo
que dura en él la amistad
que ensalzaron los antiguos
de un Píldes y un Orestes,
de un Teseo y un Perísteo.
Eneas soy y de este Achatés,
de este Eurialo soy Niso,
y Picias de este Damón.
Con vuestra licencia pido
la mano a doña Violante,
por quien estoy libre y vivo,
que así su amor satisfago
y doy la vida a un amigo.

REY: Mostráis,, don Gastón famoso,
que los quilates subidos
del oro de la nobleza
vuestra sangre ha ennoblecido.
Yo ruego al duque que os dé
a doña Violante.

DUQUE: He sido
venturoso, gran Señor,
en cobrar tan nobles hijos.

CASTILLA: Traigan aquí a don Manrique,
que quien es tan buen amigo,
también será buen vasallo.
Aquí el cielo me ha traído
para que, alzado el destierro,
y vuelto a su estado, rico,
de su valor y lealtad hoy
Yo propio sea testigo.
Padrino suyo he de ser.

VIOLANTE: Mi esperanza se ha cumplido.

ARMESINDA: Loca de contento quedo.
Dejad el pesar, sentidos.
Pedid albricias al alma.

Sale don MANRIQUE

MANRIQUE: Dame los pies, rey invicto,
que con tu presencia espero
cobrar el seso perdido,
pues el contento de verte
refrena mis desvaríos,
y no es poco refrenallos
mirando aquí lo que miro.

TAMAYO: ¿Acabóse el mal de madre?
¿Hemos de enterrarte vivo,
o podemos ya decir,
"vuelve a casa, pan perdido?"

CASTILLA: Alzaos, conde, de la tierra,
que por mis ojos he visto
la nobleza y el valor
de vuestras hazañas digno.
No es bien que Castilla pierda
la presencia de tal hijo,
sus reyes tan gran vasallo,
sus grandes tan gran amigo.
Cuantos estados tuvieron
vuestros padres, esos mismos
os restituyo, volviéndoos
a mi amor.

TAMAYO: ¡Manrique, vitor!

MANRIQUE: Prospera tu vida el cielo.

GASTÓN: Don Manrique porque envidio

el nombre que aquesta hazaña
os ha dado hoy, he querido
dar también claras señales
de que, como vos, he sido
amigo fiel y leal.

Gozad años infinitos
la belleza de Armesinda,
que la mano y alma, rindo
a doña Violante hermosa.

DUQUE: Ya es el conde su marido.

Dad a Armesinda la mano.

MANRIQUE: Si de pesar el juicio

perdí, ¿cómo no le pierdo
de contento y regocijo?
sol de Francia, perdonad
si es que juzgáis por delito
el anteponer a amor
la lealtad de un fiel amigo,
y dadme esa blanca mano.

ARMESINDA: Siempre el pasado peligro

en el contento presente
se olvida, conde. Yo he sido
en los fines venturosa,
si infeliz en los principios,
y vos, mi señor y dueño.

CASTILLA: Porque las guerras que ha habido

entre Aragón y Castilla
tanto ha, sobre el señorío
de Molina de Aragón
se acaben, yo determino
dar el derecho que tengo
en aqueste estado rico
a don Manrique de Lara.

REY: Yo también le doy el mío.

TAMAYO: Nuestra es Molina. ¡Pardiós!

Que en ella labro un molino.

MANRIQUE: Con callar pago mejor

tantas mercedes.

CASTILLA: Venido
he a Aragón por el socorro
que contra el alarbe pido
a vuestra alteza, y quisiera
irme luego.

REY: Apercebidos
tengo veinte mil soldados,
y el de Navarra he sabido
que acudirá con diez mil
brevemente.

CASTILLA: Pues yo elijo
por alférez general
de aquesta guerra a Aymerico,
que de su larga experiencia
felices sucesos fio.

DUQUE: Beso tus pies, gran señor.

CASTILLA: Los dos seremos padrinos.
Vuestra alteza, de Armesinda,
y yo, de Violante.

REY: Digo,
que soy contento.

TAMAYO: Y Tamayo
se queda en perpetuo olvido,
sin darle una sed de agua...
mal dije--una sed de vino.

MANRIQUE: Pide lo que tú quisieres.

TAMAYO: Pues si lo que quiero pido,
es por mujer a Rosela,
y ser tu caballero.

MANRIQUE: Lo postrero yo lo acepto.

ROSELA: Yo lo segundo, suplico.

ARMESINDA: Alto, pues.

TAMAYO: Caballeriza
eres. Tu gusto he cumplido.

REY: Venid, condes valerosos,
que dejáis ejemplos vivos,
en que los hombres aprendan
cómo han de ser los amigos.

FIN DE LA COMEDIA